



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

CON CENSURA Y APROBACIÓN ECLESIASTICA

Se publica los días 1 y 15 de cada mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, n.º 5, Barcelona

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

En España é islas adyacentes, Portugal, Cuba y Puerto-Rico... 14 ptas. al año.
 En los demás puntos de América, y las islas Filipinas y el Extranjero... 20 id. id.

Advertencia.—Los señores Corresponsales fijarán los precios en los puntos donde el cambio sobre Europa haya sufrido notable alteración.

ADVERTENCIAS

No se admiten suscripciones por menos de un semestre en España y Portugal, y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando por Enero ó por Julio.

No se atenderá suscripción alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo sencillo y seguro.

Los números sueltos se venden á 75 céntimos.

Se insertarán anuncios á 25 céntimos la línea.

SUMARIO

TEXTO

CORRESPONDENCIA.—*Escandinavia*: Progreso de la Religión católica.—Movimiento de adhesión al Catolicismo.—La condición del clero.

Zanzibar: El apostolado de una mujer cristiana.

San Alberto: Progresos de la fe en el Canadá Central.

Fernando Poo: Nueva fundación.

Misamis: Datos estadísticos de las rancherías subanas de Sindangan.

LOS ÑIS Ó ÑI-PAS, TRIBU LOLOTA DEL YUN-NAN.—VII, De la familia.

LAS REMINISCENCIAS DE UN MISIONERO DE BASUTOLANDA.—VIII, Nuestros veteranos.—El R. P. Gérard, fundador de las Misiones entre los basutos.

LA ORDEN DE FRAILES MENORES.

LOS SANTUARIOS DE TIERRA SANTA.—II, Santuarios á cargo de los Franciscanos de Tierra Santa (continuación).—III, Otros Santuarios servidos más ó menos directamente por la Santa Custodia.—IV, Culto religioso en Tierra Santa.

LOS NIÑOS LEPROSOS.

VIAJE POR LOS PAÍSES BÍBLICOS.

ESTUDIO DE UN MISIONERO.—Las arañas venenosas: IV, V y último.

CRÓNICA.—Ceylán.—Llanos de San Martín.—Matti.—Noticias varias.

VARIEDADES.—El Viático en la aldea.—Moscou.

CUBIERTA.—El séptimo, no hurtarás.

GRABADOS

SUÍZA.—Ilmo. Mermillod.

YUN-NAN.—Joven ashi tañendo la mandolina.

— Montañas berroqueñas cerca de Saje.

— Cristianos de las tribus ñis, ashi y naseko en día de fiesta.

TIERRA SANTA.—Emaús.

— Betsaida, región de Galilea, patria del apóstol San Andrés.

EL VIÁTICO EN LA ALDEA.

RUSIA.—Moscou.

EL SÉPTIMO NO HURTARÁS.

—Pedro, dijo el Padre Eterno levantándose del sillón presidencial; siéntate aquí, que estoy cansado de oír tantas infracciones del séptimo mandamiento. Ocupa la presidencia, y tú y Miguel haced lo que os parezca en justicia.

Se trataba aquel día de juzgar á los ladrones, y Nuestro Señor delegó la jurisdicción por no presenciar lo que iba á suceder.

—Bueno, dijo San Pedro; de portero á juez no es poco ascenso. Miguel, pon al fin la balanza y vamos andando, que hay muchos y es tarde.

Sentóse San Miguel en un sillón, colocóse Pedro en la presidencia y... Dilín, dilín: que entre un acusado.

—Buenos días, señores, dijo una voz clara y reposada, como la del que tiene limpia la conciencia.

—Buenos los tenga V., repuso San Pedro. ¿Has puesto ya las pesas? dijo á San Miguel.

—No es necesario, saltó el recién venido; estoy más limpio que plato lamido por perro hambriento: nunca he atentado á lo ajeno, no he metido mano en el bolsillo de otro; así es que del séptimo...

—Bueno, bueno, interrumpió San Pedro; ahora veremos. ¿Crees que sólo es ladrón el que mete mano en bolsillo ajeno? ¿Qué oficio has tenido?

—Tabernero, señor, para servir á V.

—Yo no bebo, dijo el Apóstol; pero conozco el agua. Dime, cuando el vino era tinto, ¿le echabas mucha?

—Sí, pero era para quitarle la aspereza y para que no hiciese daño al parroquiano. ¡Cuántas borracheras no he evitado echando agua!

—Y qué, ¿pretendes aún que te den un premio? Dime, y cuando echabas vino del tonel á la medida, ¿no metías el dedo pulgar y la decantabas un poco para achicarla?

—Es que me temblaba el pulso.

—Ladrón, calla, y vete á la izquierda. Dilín, dilín, que entre otro.

—Aquí está, dijo un hombre de mediana edad, sano, grande, robusto, fornido. Yo soy molinero, es decir, he sido en el mundo molinero; que lo que es ahora soy un bienaventurado: jamás he tomado lo de otro: no cobraba más que mi legítima maquila, y ni un polvo de harina más.

—¿Molinero y bienaventurado? me parece que no cabe en el costal. Dime, ¿mezclabas la harina de panizo con la del trigo? ¿Cambiabas el trigo bueno por otro peor?

—Alguna vez, por descuido.

—¿Por descuido? ¡Ladrón! á la izquierda.

—Dilín, dilín: que entre otro.

—Aquí está: tendero de comestibles.

—Y ardestibles, continuó el Apóstol: ¿tendero y no hurtar? Como cuervo blanco ó huevo con pelo.

—Pues aquí hay un ejemplo. Cuarenta años he sido tendero allá en el mundo, y los pelos se me vuelvan lagartijas, si á nadie he hurtado un céntimo. Oía Misa todos los días, me confesaba con frecuencia, no abría la tienda en días festivos, era hermano mayor de la Cofradía de las ánimas...

—Bueno, bueno, dijo el Santo. Con todos esos méritos y condecoraciones podías muy bien haber dado lecciones á Jaime el Barbudo.

—¡Si yo siempre iba afeitado!

—No hablo de tus barbas, sino de las ajenas. ¡Buenas se las pusiste á tus parroquianos! Dime, ¿no ponías el bacalao en el sótano húmedo para que pasara más? ¿No vendías el aceite andaluz como de primera clase? ¿No detenías el fiel del peso cuando pesabas arroz y otras cosas? Y al azafrán ¿no le mezclabas alazor? y al pimiento, ¿no le ponías aceite? ¿no le humedecías el azúcar? Y las medidas de aceite y petróleo, ¿no las decantabas para que se

escurriesen en el depósito por agujerillos que había debajo? No te rasques, no; que no es ahí donde te pica. Con que di, ¿es verdad lo que digo?

—Sí, señor; pero...

—¡Ladrón! á la izquierda. Otro.

—Aquí hay un jornalero que ha pasado toda la vida ganando el pan con el sudor de su frente, y no ha visto ni tocado más dinero propio ni ajeno que el que le daban por su jornal; con que ¿me voy á la derecha?

—Espera, dijo San Pedro: ¿fumabas?

—Sí, señor; ¿quién no fuma hoy?

—Yo, dijo el Apóstol. Y cuando el amo ó el capataz volvían la cabeza o se marchaban, ¿no dejabas el azadón, te sentabas en tierra y empezabas á echar cigarros, charla que charla, haciendo rayas en tierra con lo que tenías en la mano, hasta que veías que venía el amo? Y cuando podías ahondar la herramienta medio palmo en vez de uno, ¿no lo hacías por ahorrar trabajo?

—Es que yo creía que eso no era pecado.

—¡Ah! ¿con qué cobrabas como diez y trabajabas como ocho, y aun no sabías que pecabas? A la izquierda.

Y entró un acusado chato, con ojos de zorro y con más cara de gandul que de hombre de bien.

—Para servir á V., señor San Pedro, dijo; soy ventero.

—Dios me libre de ladrón en despoblado.

—He dicho ventero.

—No encuentro diferencia.

—Pues no me arguye la conciencia. Jamás he tocado el equipaje de los viajeros, ni registrado maleta, ni...

—¿Ni dabas gato en vez de conejo? ¿Ni la cena que sobró la noche anterior la aderezaste con pimienta para esconder el gusto á corrompido? ¿Ni por un par de huevos, que decías frescos y no tenían de frescos más que la frescura con que mentías, llevabas dos reales? ¿Y no hacías un arroz con cuatro pollos, y no salían del perol más que seis patas? ¿Y si se te pedía un pollito tierno, no aderezabas uno más duro que el gallo de la pasión? ¿Y al vino no lo bautizabas lo bastante para que pudiera beberse el mismísimo Mahoma? Arre, á la izquierda, que los garduñas no entran en el cielo.

Y detrás vino un hombre con una gran cuchilla diciéndolo, estoy limpio.

—Pues hueles á carne, dijo San Pedro.

—Soy carnicero, pero estoy limpio de hurto. Si he metido la mano en bolsillo ajeno, que me la corten ahora mismo con este cuchillo.

—Pues ahora mismo te quedas manco. Y si no di, ¿no eras tú aquel que detenía el platillo de las pesas y vendía cabra por macho, y cordero por carnero, y ponía pellejos y hueso á unos para cobrar más á los otros? ¿Eh? ¿qué dices?

—Que no había caído.

—Pues ahora caes, y caes por toda la eternidad.

Y cayó el carnicero, y detrás del carnicero cayó el lechero que daba sal á las cabras para que bebiesen el agua á cántaros, y detrás un tendero que se cortaba las uñas cuando cortaba la cinta ya medida, y detrás cayeron tantos y tantos, que San Pedro indignado no pudo más, y se levantó del asiento exclamando:

—¡Ah! raza de ladrones hipócritas y embusteros, yo os arreglaré la cuenta como merecéis. Miguel, suspendamos la sesión, que va para rato. No es extraño que Dios, Padre amorosísimo de las criaturas, excuse el celebrar personalmente este juicio; porque las iniquidades que se usan en la tierra deben ser más amargas que la retama para la boca de su justicia. ¿Y aun quieren los hombres ser felices? Se suspende la sesión para continuarla en el día inmediato.

Y se suspendió la sesión para el día siguiente.

Joaquín Martínez Lozano.

NUEVA EDICIÓN

MEDITACIONES

SEGÚN EL MÉTODO DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

sobre las verdades fundamentales para la enmienda de la vida, misterios y virtudes de Nuestro Señor Jesucristo, de la Virgen y de los Santos.—Preciosa é importante obra que contiene en estilo claro, sencillo y adecuado á todas las capacidades, algunos centenares de meditaciones que forman un plan completo de instrucción espiritual, y una verdadera exposición de todo lo contenido en los Santos Evangelios. Precede á las meditaciones una excelente explicación sobre los distintos modos de meditar, examen de conciencia y práctica de oír bien la Misa.

Libro utilísimo á las Comunidades religiosas, Colegios, Seminarios, Asociaciones de piedad, y en general á todas aquellas almas dedicadas al santo ejercicio de la oración mental diaria, sin la cual es imposible dar un paso en la perfección.

Consta esta obra de tres tomos de más de 700 páginas, y se vende á 6 ptas. en rústica, y á 8'25 encuadernada en tela.

EJERCICIOS INTERIORES

PARA VENERAR LOS MISTERIOS DE N. S. JESUCRISTO

por el Rdo. P. Francisco Nepveu, de la Compañía de Jesús

Contiene una piadosa serie de ejercicios interiores, unos para venerar los misterios de la vida oculta de

Jesucristo en el purísimo seno de María Santísima, en el portal de Belén, en el desierto, en la Pasión, en la Resurrección, en la Ascensión; y otros, sobre el amor de Jesucristo en el don que nos hace del Espíritu Santo, y en el don que el mismo Jesucristo nos hace también de su Cuerpo en la Eucaristía.

Forma un elegante tomo de 450 páginas, que se vende al precio de 1'75 ptas. en piel.

DEL CONOCIMIENTO Y AMOR DE JESUCRISTO

TRATADO ESCRITO EN LATÍN

POR EL P. JUAN BAUTISTA SAINT-JURE

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

traducido al castellano por D. José Pallés, con un prólogo por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro., director de la Revista Popular.

Libro preciosísimo, cuya importancia y utilidad quedan demostradas con el anunciado de las materias que contiene. Expone: Cómo conocemos á Cristo.—Cómo es amable Cristo.—Cómo nos amó Cristo.—Cómo ha sido amado Cristo.—Por qué motivos hemos de amar á Cristo.—Cómo debe ser nuestro amor á Cristo.—Práctica del amor á Cristo.—De la imitación de Cristo.—Cómo en nosotros hemos de realizar la imagen de Cristo.—Cómo en todo hemos de considerar presente á Cristo.—De la Penitencia, primera disposición para ir á Cristo.—De la Sagrada Comunión; medio, acá en la vida, de unión con Cristo.—De la muerte en Cristo y según Cristo.

Forma un elegante volumen de 500 páginas, en 16.º mayor, que se vende á 1'50 ptas. en piel.

Para los pedidos, dirigirse á D. Miguel Casals, *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona. También se venden en casa los Corresponsales de la misma.

EL SÉPTIMO NO HURTARÁS.

—Pedro, dijo el Padre Eterno levantándose del sillón presidencial; siéntate aquí, que estoy cansado de oír tantas infracciones del séptimo mandamiento. Ocupa la presidencia, y tú y Miguel haced lo que os parezca en justicia.

Se trataba aquel día de juzgar á los ladrones, y Nuestro Señor delegó la jurisdicción por no presenciar lo que iba á suceder.

—Bueno, dijo San Pedro; de portero á juez no es poco ascenso. Miguel, pon al fino la balanza y vamos andando, que hay muchos y es tarde.

Sentóse San Miguel en un sillón, colocóse Pedro en la presidencia y... Dilín, dilín: que entre un acusado.

—Buenos días, señores, dijo una voz clara y reposada, como la del que tiene limpia la conciencia.

—Buenos los tenga V., repuso San Pedro. ¿Has puesto ya las pesas? dijo á San Miguel.

—No es necesario, saltó el recién venido; estoy más limpio que plato lamido por perro hambriento: nunca he atentado á lo ajeno, no he metido mano en el bolsillo de otro; así es que del séptimo...

—Bueno, bueno, interrumpió San Pedro; ahora veremos. ¿Crees que sólo es ladrón el que mete mano en bolsillo ajeno? ¿Qué oficio has tenido?

—Tabernero, señor, para servir á V.

—Yo no bebo, dijo el Apóstol; pero conozco el agua. Dime, cuando el vino era tinto, ¿le echabas mucha?

—Sí, pero era para quitarle la aspereza y para que no hiciese daño al parroquiano. ¡Cuántas borracheras no he evitado echando agua!

—Y qué, ¿pretendes aún que te den un premio? Dime, y cuando echabas vino del tonel á la medida, ¿no metías el dedo pulgar y la decantabas un poco para achicarla?

—Es que me temblaba el pulso.

—Ladrón, calla, y vete á la izquierda. Dilín, dilín, que entre otro.

—Aquí está, dijo un hombre de mediana edad, sano, grande, robusto, fornido. Yo soy molinero, es decir, he sido en el mundo molinero; que lo que es ahora soy un bienaventurado: jamás he tomado lo de otro: no cobraba más que mi legítima maquila, y ni un polvo de harina más.

—¿Molinero y bienaventurado? me parece que no cabe en el costal. Dime, ¿mezclabas la harina de panizo con la del trigo? ¿Cambiabas el trigo bueno por otro peor?

—Alguna vez, por descuido.

—¿Por descuido? ¡Ladrón! á la izquierda.

—Dilín, dilín: que entre otro.

—Aquí está: tendero de comestibles.

—Y ardestibles, continuó el Apóstol: ¿tendero y no hurtar? Como cuervo blanco ó huevo con pelo.

—Pues aquí hay un ejemplo. Cuarenta años he sido tendero allá en el mundo, y los pelos se me vuelvan largatijas, si á nadie he hurtado un céntimo. Oía Misa todos los días, me confesaba con frecuencia, no abría la tienda en días festivos, era hermano mayor de la Cofradía de las ánimas...

—Bueno, bueno, dijo el Santo. Con todos esos méritos y condecoraciones podías muy bien haber dado lecciones á Jaime el Barbudo.

—¡Si yo siempre iba afeitado!

—No hablo de tus barbas, sino de las ajenas. ¡Buenas se las pusiste á tus parroquianos! Dime, ¿no ponías el bacalao en el sótano húmedo para que pasara más? ¿No vendías el aceite andaluz como de primera clase? ¿No detenías el fiel del peso cuando pesabas arroz y otras cosas? Y al azafrán ¿no le mezclabas alazor? y al pimiento, ¿no le ponías aceite? ¿no humedecías el azúcar? Y las medidas de aceite y petróleo, ¿no las decantabas para que se

escurriesen en el depósito por agujerillos que había debajo? No te rasques, no; que no es ahí donde te pica. Con que di, ¿es verdad lo que digo?

—Sí, señor; pero...

—¡Ladrón! á la izquierda. Otro.

—Aquí hay un jornalero que ha pasado toda la vida ganando el pan con el sudor de su frente, y no ha visto ni tocado más dinero propio ni ajeno que el que le daban por su jornal; con que ¿me voy á la derecha?

—Espera, dijo San Pedro: ¿fumabas?

—Sí, señor; ¿quién no fuma hoy?

—Yo, dijo el Apóstol. Y cuando el amo ó el capataz volvían la cabeza ó se marchaban, ¿no dejabas el azadón, te sentabas en tierra y empezabas á echar cigarros, charla que charla, haciendo rayas en tierra con lo que tenías en la mano, hasta que veías que venía el amo? Y cuando podías ahondar la herramienta medio palmo en vez de uno, ¿no lo hacías por ahorrar trabajo?

—Es que yo creía que eso no era pecado.

—¡Ah! ¿con qué cobrabas como diez y trabajabas como ocho, y aun no sabías que pecabas? A la izquierda.

Y entró un acusado chato, con ojos de zorro y con más cara de gandul que de hombre de bien.

—Para servir á V., señor San Pedro, dijo; soy ventero.

—Dios me libre de ladrón en despoblado.

—He dicho ventero.

—No encuentro diferencia.

—Pues no me arguye la conciencia. Jamás he tocado el equipaje de los viajeros, ni registrado maleta, ni...

—¿Ni dabas gato en vez de conejo? ¿Ni la cena que sobró la noche anterior la aderezaste con pimienta para esconder el gusto á corrompido? ¿Ni por un par de huevos, que decías frescos y no tenían de frescos más que la frescura con que mentías, llevabas dos reales? ¿Y no hacías un arroz con cuatro pollos, y no salían del perol más que seis patas? ¿Y si se te pedía un pollito tierno, no aderezabas uno más duro que el gallo de la pasión? ¿Y al vino no lo bautizabas lo bastante para que pudiera beberse el mismísimo Mahoma? Arre, á la izquierda, que los garduñas no entran en el cielo.

Y detrás vino un hombre con una gran cuchilla diciéndolo, estoy limpio.

—Pues hueles á carne, dijo San Pedro.

—Soy carnicero, pero estoy limpio de hurto. Si he metido la mano en bolsillo ajeno, que me la corten ahora mismo con este cuchillo.

—Pues ahora mismo te quedas manco. Y si no di, ¿no eras tú aquel que detenía el platillo de las pesas y vendía cabra por macho, y cordero por carnero, y ponía pellejos y hueso á unos para cobrar más á los otros? ¿Eh? ¿qué dices?

—Que no había caído.

—Pues ahora caes, y caes por toda la eternidad.

Y cayó el carnicero, y detrás del carnicero cayó el lechero que daba sal á las cabras para que bebiesen el agua á cántaros, y detrás un tendero que se cortaba las uñas cuando cortaba la cinta ya medida, y detrás cayeron tantos y tantos, que San Pedro indignado no pudo más, y se levantó del asiento exclamando:

—¡Ah! raza de ladrones hipócritas y embusteros, yo os arreglaré la cuenta como merecéis. Miguel, suspendamos la sesión, que va para rato. No es extraño que Dios, Padre amorosísimo de las criaturas, excuse el celebrar personalmente este juicio; porque las iniquidades que se usan en la tierra deben ser más amargas que la retama para la boca de su justicia. ¿Y aun quieren los hombres ser felices? Se suspende la sesión para continuarla en el día inmediato.

Y se suspendió la sesión para el día siguiente.

Joaquín Martínez Lozano.

CORRESPONDENCIA

ESCANDINAVIA

Progreso de la Religión católica.—Movimiento de adhesión al Catolicismo de la clase acomodada.—La condición del clero

EN la segunda mitad de nuestro siglo, parece aspirarse una brisa saludable en estos países, tan dignos de poseer la verdad religiosa, siendo tolerado el culto católico en Suecia, absolutamente libre, no sólo en estas ciudades sino también en Noruega y Dinamarca, pero más especialmente en la primera. Hay actualmente iglesias y conventos en Estocolmo, Gotheemburgo, Malmö, Gefñe y otros puntos. En Estocolmo hay dos iglesias católicas: San Eugenio y San Enrique. La primera tiene un nombre que recuerda la memoria del príncipe Eugenio de Beauharnais, padre de la mujer de Oscar I y padre del reinante Oscar II.

Gracias á la tolerancia religiosa que ahora reina en Suecia, la Iglesia católica no está proscripta, y de este modo esta Madre siempre amorosa del mundo espiritual ha podido empezar su obra grande de evangelización. El obstáculo principal que obstruye su paso para los adelantos del Cristianismo no es ya la tradición de los Vasa, sino el orgullo científico. En la ciudad los suecos no creen en la Religión de Jesucristo, pero tienen una fe ciega en los «progresos de la ciencia.»

Las conversiones no se hacen en las filas del clero luterano, ni en las de los nobles (tal vez las riquezas amontonadas en el siglo XVI, durante la guerra de exterminio contra los católicos y en la guerra de los treinta años, bajo el poder europeo, se opongan). Sólo en la clase acomodada se ve un movimiento de adhesión al Catolicismo, cuyo movimiento es más visible en Noruega y especialmente en Dinamarca. En Copenhague, he visitado la hermosa residencia de los Padres Jesuitas, que han fundado un colegio en los alrededores de Ordrup, pequeño pueblo y cercano al castillo de Charlottenlemd, sobre la línea del ferrocarril de Copenhague á Klampenborg. En Ordrup existe también un pequeño

convento de Religiosas Hospitalarias, que pasan su vida en santa oración y cuidando de visitar á los enfermos.

En casi todas las estaciones hay un hospital dirigido por estas Religiosas, ó por las Hermanas de Santa Isabel, ó sino por las de San José. Las Hermanas de San José son ochenta en Noruega y ciento cuarenta en Dinamarca. En Estocolmo y en Cristianía tienen á su cuidado grandes hospitales, donde se recibe á todos los enfermos, y cuyos médicos son luteranos, ó como suelen ser los practicantes, *librepensadores*. La popularidad de estas Hermanas es tan grande en Noruega, que pueden viajar gratis en los tranvías y en los barcos de las Compañías marítimas. Es interesante seguir el movimiento de la restauración religiosa en Noruega.

En Cristianía he tenido el honor de visitar al párroco de San Olaf, el R. P. Enrique A. Vang, perteneciente á una familia de la región de Telemarken convertida al Catolicismo, el cual ha hecho sus estudios en Thiett y habla perfectamente el flamenco. Su coadjutor es el R. Uzen, natural de Eich, en el gran ducado de Luxemburgo. Con sentimiento no pude ver al vicario apostólico, ilustrísimo Fallize, obispo de Elusa, que es también luxemburgués y natural de Bettingen.



SUIZA.—Ilmo. Mermillod. (Pág. 118)

Al principiar este siglo no había en Noruega ni un solo católico, á causa del despotismo luterano, establecido en Dinamarca.

Ahora la Iglesia católica es más libre en Dinamarca que en cualquier país europeo. Con la ley del año 1891 se deja libre á la misma Iglesia el nombramiento de todos los cargos eclesiásticos; el sacerdote católico es, para los católicos de su dependencia, oficial del estado civil; el matrimonio celebrado ante un sacerdote católico es reconocido; los católicos están exentos de todos los impuestos decretados en provecho de la Iglesia del Estado; está garantida la libertad del ejercicio público del culto católico; los sacerdotes católicos pueden llevar el Santísimo Sacramento en procesión por las calles de la parroquia; las tropas de gran gala forman en la procesión, y los mismos luteranos llevan flores para adornar los altarcitos. Una sola cosa falta para que la libertad sea completa y es esta: la Constitución prohíbe á los Jesuitas, no ya predicar, sino domiciliarse en Noruega.

ZANZÍBAR (África Oriental)

El apostolado de una mujer cristiana en Zanzibar

Nuestros lectores leerán ciertamente con emoción la conmovedora y edificante noticia que nos comunica el Ilmo. de Courmont, antiguo vicario apostólico de Zanguebar. Es un ejemplo de apostolado laico digno de ser conocido.

EL 24 de Octubre último la ciudad de Zanzíbar fué testigo de una manifestación de las más gloriosas para nuestra Religión. Condújose á la última morada á la Sra. Chevallier, que se había dedicado con admirable celo al bien de los pobres enfermos abandonados. La población entera, compuesta de europeos, árabes, indios y negros de diversos países, quiso demostrar su respetuoso reconocimiento haciéndole funerales verdaderamente triunfales, según la expresión del general inglés Mathews al Ilmo. Allegyer.

La Sra. Chevallier habitaba en París, en el convento de Hermanas de la Adoración reparadora, especialmente dedicada á las obras de misericordia.

En 1883 supo por un misionero de Zanzíbar el triste estado de los negros esclavos que, enfermos ó inválidos, eran cruelmente abandonados por sus amos, y morían sin asistencia y sin instrucción religiosa. Inmediatamente formó el propósito de dedicar el resto de su vida al auxilio de estos desgraciados, y no tardó en ponerlo en práctica. El 23 de Marzo del año siguiente desembarcaba en Zanzíbar, y dos meses después fundaba el Hospicio de Nuestra Señora de los Angeles, en una casa de relativamente magnífico aspecto, situada á las orillas del mar y en la parte de la ciudad llamada Ngnambo, poblada por indios y negros, pertenecientes éstos á todas las razas del Continente africano y aun de Madagascar.

Estableció en el Hospicio el Dispensario, donde admitía dos veces al día á todos los enfermos que se presentaban, y les proporcionaba remedios. Pero como más que la salud del cuerpo le preocupaba la salud del alma de aquellos desgraciados, cuando notaba que uno estaba en peligro de muerte le retenía en el Hospicio, le instruía en nuestra Religión sacrosanta y le hacía administrar el Bautismo.

Tan múltiples cuidados exigían en la virtuosa mujer algunos conocimientos sobre medicina y sobre la lengua del país, de que en un principio, carecía y que eran difíciles de adquirir á la edad de cuarenta y siete años. Pero con la ayuda de Dios, los PP. Etienne y Sacleaux la pusieron pronto al corriente del tratamiento de las enfermedades ordinarias en los países cálidos. Para las dolencias graves había menester de los médicos de la colonia europea y de los barcos de guerra surtos en la rada, que gustosos se lo prestaban, en homenaje á su abnegación. Cuanto á la lengua, no necesitó más que algunos meses para entender y hacerse entender con facilidad de los indígenas.

Estos conocimientos la permitían, después de sus cotidianas tareas del hospicio, ir á buscar y curar á los enfermos en sus casas. Buscaba con predilección á los niños, y con pretexto de hacerles alguna loción en la

cabeza, administraba el santo Bautismo á todos los que estaban en peligro de muerte. ¡Cuántas inocentes criaturas no le deben por este medio la entrada en el cielo!

Y tan santas y variadas tareas todavía le dejaban tiempo para pasarse horas enteras en oración, á los pies de Jesucristo crucificado.

El barrio de Ngnambo reunía el inconveniente de estar demasiado lejos del centro de la Misión, al que todas las mañanas había de acudir la Sra. Chevallier. La fatiga resultaba excesiva para un cuerpo ya bastante débil.

Una feliz circunstancia permitióle trasladar el hospicio al barrio europeo. La Misión, habiendo hecho construir un nuevo hospital, cedióle el antiguo, edificio vasto y espacioso, muy salubre, y, como el primer hospicio, situado á las orillas del mar.

La colonia europea, para la que no era desconocida la obra de la *Bibi wa maskini* (la señora de los pobres), como se la llamaba en Gulioni, al apreciar su obra más de cerca, tratóla con gran consideración y estima. El propio Sultán le mandaba algunos de sus esclavos enfermos, para que los curara, y la admitía en las recepciones de las esposas de los cónsules y demás damas de viso de la colonia.

Dios, que todo lo tiene ordenado á su mayor gloria, quería ya esta alma para Sí. Tantas fatigas como van relatadas, unidas á la influencia mortífera del clima abrasador, habían consumido las fuerzas de la señora Chevallier. Los médicos la aconsejaban su vuelta á Francia, como único medio para reponerse de su salud. Pero la mujer apóstol, á quien no se ocultaba que, una vez fuera de Zanzíbar, difícilmente volvería á ver á sus queridos negros, no quiso abandonar el campo de batalla, regado, ya que no con su sangre, con sus sudores.

La enfermedad siguió su curso, y ya en la primera quincena de Septiembre la Sra. Chevallier fué atacada de la fiebre que imprimía en su rostro marcado color amarillento. El mal no revestía gravedad, según los médicos. Ella, como obedeciendo á un aviso del cielo, quiso prepararse para morir. Después de confesar y comulgar, pidió la Extremaunción. El vicario apostólico Ilmo. Allegyer, no tanto por juzgar que el estado de la enferma la requería, cuanto por no contrariarla, defirió á tan piadoso deseo.

El día 20 de Octubre, al hacerla el Prelado la visita de costumbre acompañado del P. Lutz, fué vivamente llamado por la enferma, que entró inmediatamente en la agonía y poco después, mientras el Ilmo. Allegyer y demás personas presentes rezaban las oraciones de la recomendación del alma, murió tranquila y apaciblemente, sin convulsiones ni sufrimientos.

El día siguiente se efectuó el entierro. Nunca Zanzíbar había presenciado tan imponente manifestación de duelo. El cónsul de Francia y su hermana presidieron el duelo; seguían luego el de Inglaterra y todos los demás acreditados en la corte del Sultán; los oficiales de un barco británico fondeado en la rada, de gran uniforme, y cuarenta hombres de la tripulación, con armas, daban la guardia de honor: la música del Sultán iba

tocando marchas fúnebres; la colonia europea formaba en masa en el cortejo, y detrás de éste una multitud de veinte mil indígenas miraba con ojos tristes en la dirección del féretro donde iba encerrado el cadáver de su bienhechora, y de cuando en cuando oíanse voces de *Bibi wa maskini amekufa!* ¡La señora de los pobres ha muerto! entrecortadas por el llanto.

SAN ALBERTO (Canadá)

Progresos de la fe en el Canadá Central.

En la carta siguiente un joven misionero, el R. P. Lemarchand, oblat de María Inmaculada, misionero en la diócesis de San Alberto, da cuenta de los consoladores progresos de la civilización católica en el extremo Norte de la América Septentrional, y tiende su mano pidiendo para su iglesia de Edmonton. Muchos de nuestros lectores se complacerán en contribuir á la erección, en esta futura capital, de una iglesia que andando el tiempo es muy posible se vea elevada á la dignidad de catedral.

CUANDO, hace cuarenta y tres ó cuarenta y cuatro años, los RR. PP. Grandin y Remas llegaron á la parte Noroeste del Canadá, llamada después Alberta, habitábanla tan sólo salvajes y algunos mestizos: al presente todo ha cambiado, los blancos acuden de todas partes.

Hace algunos días, hallábame en el hospital para visitar á nuestros católicos. Entré en una sala en la cual había cuatro enfermas. Una de ellas era polaca (católica), otra noruega (protestante), la tercera escocesa (protestante), y la última alemana (protestante también). Como la mujer polaca estaba peligrosamente enferma, la alemana protestante, que sabía el polaco y el inglés, servíame de intérprete, y de esta manera pude dirigir algunas palabras de consuelo á la polaca. Aproveché esta circunstancia para hablar algo de Religión á la pobre alemana, la cual, como muchos protestantes, no practica ningún culto.

Difícilmente se formará V. idea del gran bien que se hace en este hospital. En él muchos católicos reconcilianse con Dios, y los protestantes se despojan de sus prevenciones. Viendo de cerca á los católicos, especialmente á las Hermanas, aman esta Religión que desde su infancia habían aprendido á despreciar y denigrar. Sí, muchos católicos durante su estancia en el hospital se reconcilian en Dios. Efectivamente, á causa de la grande extensión de la diócesis y del reducido número de sacerdotes y de iglesias, compréndese que gran número de fieles vivan muy distantes de éstas: á pesar de nuestros esfuerzos para atenderles, muchos de ellos descuidan el cumplimiento de sus deberes y muchos niños crecen sin instrucción religiosa.

En los Estados Unidos cuéntanse unos diez millones de católicos conocidos; pero ¡cuántos hay que, faltos de auxilios religiosos, se han hecho protestantes ó indiferentes! ¡Oh! rogado para que no suceda aquí tal desgracia. Los católicos extranjeros afluirán á este país, como han afluído á los Estados Unidos, y si debiésemos ver como se pierden por falta de recursos ó por carencia de sacerdotes, ¡qué suplicio sería para nosotros!

Muchos Padres están en las Residencias entre los salvajes, ejerciendo un meritorio apostolado. Otros viajan constantemente de una Misión á otra, lo cual es

muy penoso. En cuanto á mí, en cierto sentido soy privilegiado, pues resido en Edmonton, cuyos habitantes son blancos y pertenecen á nueve nacionalidades. La Misión está bien establecida, bastante próspera, y á tres leguas solamente de San Alberto, residencia de nuestro querido Padre el Ilmo. Grandin.

En Edmonton ejerzo un ministerio á veces muy difícil, especialmente para un joven sacerdote. Por fortuna estoy bajo la dirección de un anciano misionero acostumbrado á toda clase de dificultades. Si no me agobian las grandes fatigas, ni los sufrimientos físicos, ni las privaciones de otros hermanos míos, tengo, en cambio, numerosas ocupaciones.

Predico frecuentemente en inglés, y para cada sermón debo prepararme largo tiempo. Además como el *cris*, lengua salvaje, es absolutamente necesaria en todas nuestras Misiones, aun entre blancos, pues los mestizos que hablan *cris* están diseminados por todas partes, aprendo al presente esta lengua, lo cual no es pequeño trabajo.

Hace dos años poseemos en Edmonton un hospital en el cual prodigan á los enfermos tiernos cuidados ocho Hermanas de la Caridad. Hay además un convento de Religiosas fieles compañeras de Jesús, en el cual reciben los niños educación sólidamente católica. Nosotros poseemos una casa de madera en la cual se albergan los misioneros: reúnen en ella frecuentemente cuatro ó cinco, llegando á diez y aun á quince en tiempo de Ejercicios. Estos tres edificios, de construcción reciente, nos han costado veinte años de preparación y cuidados.

La pobre iglesia provisional está hecha de tablas. Situada entre nuestra morada y el convento tiene el aspecto de una granja. El último año abrigamos alguna esperanza de poder reconstruirla. Nuestro pueblo está dispuesto á realizar grandes sacrificios, pero no es bastante numeroso ni rico para reunir los fondos absolutamente necesarios. Podrán ofrecer únicamente algunos miles de francos. Lo que falta sólo podemos esperararlo de Francia: ya una persona de la diócesis de Mans nos ha enviado mil trescientos francos. Edmonton es un pueblo naciente, y, sin embargo, es la capital de un país tan grande como Francia, de hermoso porvenir, y lo menos que al presente puede hacerse es construir una iglesia modesta, de ladrillo, que pueda rivalizar con los templos protestantes.

FERNANDO POO

Nueva fundación

El Rdo. P. Armengol Coll, misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María, escribe dando noticia de la fundación de una nueva casa en Basuala, destinada á Reducción, en la cual los Padres misioneros puedan estar conforme exigen las Reglas al verificar sus excursiones:

TUVIMOS noticia de que el pastor protestante negro intentaba construir una Misión de su secta en aquel sitio, y, previa autorización del gobernador interino, determinamos tomarle la delantera, á cuyo fin el día 28 de Septiembre nos hicimos á la vela con el Padre Mallen á fin de escoger sitio á propósito. Para estore-

queríase la altura suficiente para la salud, facilidad de comunicar con los bubís y agua cercana, por si más tarde se levantase un pueblo cristiano. Desembarcamos, siendo bien recibidos por algunos cristianos de aquella playa, uno de los cuales nos ofreció para alojarnos la mitad de su casa, que, aunque pobre, nos sirvió á maravilla. Allí hacíamos nuestros actos de comunidad, y, después del Rosario, dedicábamos un rato á la catequesis.

Al principio eran pocos los asistentes, de modo que el primer día me quedé con un solo krumán, á quien dirigí la palabra con mucho gusto, viendo el buen corazón con que escuchaba. Arrodióse para oír la explicación de los Mandamientos de la ley de Dios, y por más que le invité á que se sentase, no pude conseguirlo. Más tarde aumentó el número.

Al día siguiente emprendimos, ante todo, un viaje por mar para tomar informes de un cacique bubí de mucha autoridad en aquella comarca, mas nuestras agencias resultaron vanas, por lo cual, á pesar de la lluvia que amenazaba, emprendimos el camino hacia el monte en busca del suspirado sitio, que reuniera las cualidades arriba dichas.

No sin alguna dificultad llegamos á una meseta situada á unos 120 metros de altura, contigua al camino que conduce á Basuala, con lo cual ya teníamos dos circunstancias favorables; faltaba solamente la del agua; tampoco ésta estaba lejos, pero es tal la índole de estos indígenas antes de convertirse, que por más preguntas que les hicimos, no pudimos conseguir nos la manifestaran.

La noche se venía encima, por cuyo motivo fué menester retirarnos á nuestro alojamiento en la playa.

Al día siguiente se repitió la expedición hacia la predicha meseta, y á los pocos momentos uno de nuestros krumanes, quien como por incidente se había separado de los demás, volvió diciendo:

—Padre, aquí cerca hay agua.

Fuí á averiguarlo, y efectivamente, se hallaba á corta distancia un río que puede surtirnos abundantemente todo el año.

Sin más indagaciones empezamos el desmonte para la construcción de la casa. Al poco rato, un muchuku acompañado de dos criados, presentóse muy formal diciendo que aquel terreno era suyo, y que extrañaba que sin su permiso lo desmontáramos. Mas después de hacerle entender nuestra misión de paz, la autorización del Gobierno y repartídoles algunos regalitos, desistió de hacernos más oposición. Luego ellos mismos empezaron á ayudarnos al desmonte, recogiendo piedras para los fundamentos que luego habíamos de hacer. Así quedamos amigos.

Fuimos segunda y tercera vez para adelantar los trabajos, que tuvimos que interrumpir á causa de la venida del *Larache*. Dímosles además algunos pocos medicamentos para sus llagas, y este es un medio muy certero para irlos ganando. Una pobre mujer nos trajo á cuestas á su hijo, joven de dieciséis años, con una horrible llaga en el pie, la cual le tenía asustado creyendo le causaría la muerte. Muchos se presentaban, cada uno con su dolencia, á la cual, aunque algunas veces se aplique no más que agua caliente del mar, quedaban satisfechos.

Así hemos de comenzar á insinuarnos con estas gentes, á quienes sería inútil y aun quizá contraproducente hablarles desde el principio de cosas de Dios; y en estos casos es cuando se emplean admirablemente y con gran fruto los regalitos que se sirven hacer los bienhechores de estas Misiones, nuestros muy amados compatriotas, por cuyo bienestar pedimos á Dios y al Corazón de María los misioneros y sus alumnos educandos, en la seguridad de que hemos de ser atendidos.

Quiera el Señor que estos comienzos sean como el fundamento de una ejemplar cristiandad para después.

MISAMIS (FILIPINAS)

Datos estadísticos de las rancherías subanas de Sindangan

El R. P. Eusebio Barrado, de la Compañía de Jesús, escribe desde Dapitán al Superior de la Misión:

MI amadísimo en Cristo reverendo Padre Superior: Ayer hemos llegado á ésta, de vuelta de Sindangan, en cuyo viaje hemos empleado diecisiete días; y ahora cumpliendo los deseos y orden de V. R. quisiera acertar á darle un informe lo más exacto posible, á fin de que V. R. pueda acertar mejor en las resoluciones que quiera tomar respecto de la futura Misión que se proyecta instalar en dicho punto. Para esto hemos tenido particular cuidado de adquirir cuantos datos puedan hacer más exacto el informe, y no nos hemos contentado con relaciones que pueden ser más ó menos fieles, sino que además hemos procurado ver y comprobar estas mismas relaciones que se nos han hecho, recorriendo personalmente cuanto materialmente nos ha sido posible, en los días de que hemos dispuesto. El viaje á la ida lo hicimos por tierra todo él; pues en llegando á punto, desde donde ya no podíamos seguir con los caballos, dejamos dos de éstos en un camarín que allí existe, siguiendo nosotros á pie, para atravesar la punta Madalag, detrás de la cual el camino vuelve á ofrecerse fácil para los caballos, y por lo tanto hicimos pasar uno de los tres que llevábamos y dos carabaos. El paso verdaderamente es difícil hoy por tierra. Seis horas nos costó llegar á Nipaan, á donde llegamos fatigados el P. Obach y yo. Una hora y media después de nosotros llegaron los carabaos y el caballo, pues ellos siguieron otro camino diferente del nuestro, más largo, pero más accesible. Con algún interés y trabajo podrá abrirse mejor camino en este trozo, y entonces el camino por tierra á Sindangan estará asegurado y podrá hacerse en unas veintidós horas á partir de Dipolog, ó sea en dos jornadas.

Después de dos días de permanencia en Sindangan nos trasladamos en banca á Mucás, río que desemboca en el extremo Sur de la bahía, recorriéndola, toda ella junto á la playa para más hacernos cargo de todos sus lugares. Estas, pues, son las fuentes para los datos que voy á darle.

Primeramente, por lo que hace á lo que más interesa, que es la población de Sindangan, digo que no es de mucho lo que sin tener datos se ha podido creer, y alguna vez escribir, pues nosotros ni hemos visto esa abundancia de población, ni las relaciones que nos han facilitado y obran en mi poder, la manifiestan. Cién-



YUN-NAN.—Joven ashi tañendo la mandolina. (Pág. 102)

dome á la bahía y siguiendo el orden de situación, los puntos poblados son los siguientes: el primero es Tigbao, junto á la punta, entrando por la parte Norte. Allí existe un camarín para recibir y dar paso á la correspondencia de Dapitán; pero allí en la actualidad no habitan más que cuatro ó cinco familias. Sigue Sindangan, y en este punto no hay un solo subano en las inmediaciones de la barra de este río, ni en las cercanías del cuartel. De los que hay dentro del río, que se divide en dos brazos, el Siayan, donde está la ranchería de su nombre y parece ser la mayor de todas, según su dato Ynsac tiene 100 familias, según otros tiene más. En el otro brazo, que es propiamente el Sindangan, hay dos rancherías, la de Dienyong y la de Malicas. El dato de ellas, Andos, con quien también hemos hablado, nos dice que entre las dos componen otras 100 familias. La ranchería de Siayan dista de la playa media jornada; las del otro brazo están más cercanas, y á todas tres se puede llegar con baroto. Siguiendo la playa está Talinga, que se le suponen 45 familias. Sigue á ésta Paladox, en cuyo padrón aparecen otras 45; viene después Guipacan, y ésta tiene 40 solamente. Sigue Simocoy, que cuenta con 70 familias. Está después Caracol con 25, y por último Mucás, que sólo tiene en el brazo Salug 10 familias: en el propiamente Mucás no hay gente hasta muy lejos. Ya saliendo de la bahía está la ranchería de Siloy, que nos dijeron tiene 85 familias. Suma, pues, la población de Sindangan, incluidas las rancherías del río Sindangan, 514 familias, que suponiéndolas compuestas de cuatro individuos una, arrojan la cifra de 2,056 individuos. Escasa cifra para una extensión tan grande de terreno

como el que abraza la bahía, pues desde la punta Norte hasta la parte opuesta del Sur no se invertirá menos de *dieciséis* horas en recorrerla, siguiendo su playa á un andar ordinario de caballo.

Las causas de esta escasa población son varias; pero la principal de todas es la opresión y atropellos de la raza mora (y de otras que no son moras) sobre los desgraciados subanos. Más adelante haré mención de lo que actualmente sucede allí con el tributo que se les pide. Por lo que hace á la población de fuera de Sindangan, empezando desde Lubungan, están las rancherías de Duhínob, actualmente casi del todo abandonada, pero que pronto podrá rehacerse y reformarse con nueva gente traída del monte, y para ello hemos puesto ya los cimientos á nuestro paso por esta antigua Reducción; sigue la de Manocan, distante dos horas; otras dos horas más adelante está Disacan; tres horas más allá está Punot, y después sigue Nipan, la más próxima ya á Sindangan. En todos estos cuatro puntos hay ahora otros tantos camarines en la playa para dar paso á la correspondencia, y á este servicio está reducido todo lo que por hoy hacen los subanos; pero nada de población ni de casas. Por tanto al hablar de rancherías, no crea V. R. que existan centros de población, pues por hoy están fuera de la playa más ó menos lejanos, y diseminados por el monte. En cada uno de estos cuatro puntos pueden hacerse cuatro Reducciones con facilidad, é independientemente de la conquista de Sindangan, y se cuentan para ello en Manocan 50 familias; en Disacan otras 50 en la barra del río, y en su ilaya más adentro otras 30; en Punot 80, y en Nipan 50; que todas juntas son 300 familias, ó sean 1,200 individuos, que unidos á los de Sindangan componen un total de *tres mil doscientos cincuenta y seis*. Esto es lo que hay respecto de la población.

En segundo lugar, por lo que hace á la conquista de esta gente, digo que en cuanto á las cuatro ó cinco Reducciones que se pueden hacer desde Duhínob hasta la entrada de la bahía, es cosa sumamente fácil y que puede hacerse independientemente de la de Sindangan; y al efecto, á nuestro paso por estos puntos, hemos mandado ya á sus datos, que en el término de tres meses han de tener ya adelantadas sus casas para terminirlas después de la cosecha, y proceder en seguida á la elección de justicias y entrega de bastones, etc., etc. Ninguno de ellos se resistió formalmente, y algunos mostraron deseos de cumplir; pero como hasta ahora han visto que nada se ha llevado adelante, acaso crean que por esta vez ha de ser lo mismo. Para que no lo piensen así, el P. Obach y yo hemos convenido en nombrar uno de los fiscales de Dapitán, que sea nuestro representante, y les exige el cumplir lo ordenado. Esto mientras se esperan instrucciones de V. R. y refuerzo que permite que yo ú otro, si así se dispone, pueda ir allá y realizarlo con su presencia. Ya he dicho que en Duhínob se han puesto los cimientos para resucitar aquella Reducción, y como buen presagio se bautizaron 34 infieles.

La conquista de Sindangan, por lo que hace á los subanos, y según las manifestaciones que en los pocos que hemos visto se observan, la considero asimismo fácil. Así lo vimos en los dos datos del interior del río

Sindangan, á quienes más gente se atribuye y á quienes ordenamos que se habían de reducir á vida social y formar pueblo, y ninguna dificultad ofrecieron: en cambio nos hablaron mucho de las vejaciones que pesan sobre ellos; por esto creo y estoy persuadido, que á pesar de la buena disposición de los subanos, muy poco ha de lograr el misionero, si antes de establecerse no se trata seriamente de alejar de allí las influencias de los moros. Los moros en Sindangan son pocos en número; pero suficientes para avasallar á todos los subanos. En la misma barra del río Sindangan está el dato Balañiat con unas 10 familias. El es zamboangueno, representante allí de D. Alejo Alvarez. En Talinga hay otro dato moro con 8 familias. En Palandoc hay otro con 9 familias. En Caracol hay 15 matrimonios, y el dato Mica se ha ido recientemente á Quipit. Como ve V. R. por los puntos que ocupan, pocos son, pero sujetan toda la bahía.

Hay además un cierto moro que solamente va y viene á recaudar, y á la sazón de nuestra llegada, estaba cobrando atrasos de tributo de años anteriores, y sobre todo lo que ellos llaman *pamoco*, que es otro tributo mayor, que se hace efectivo mediante una pieza de género, que entrega el dato subano, y ésta se convierte después en 50 cabanes de palay; de suerte que por el tributo anual antes cobraba 10 cabanes de cada rancharía, y por el *pamoco* 50. Estos recaudadores se presentan documentados, y en su virtud el comandante del destacamento no puede impedir que allí vayan. Estos y otros atropellos nos los referían al P. Obach y á mí los dos datos principales de Sindangan, llamados por los moros á casa de Balañiat para cobrarles; y como que llegamos en esta ocasión nos manifestaron sus cuitas.

Por todo lo expuesto andan actualmente tan atolondrados, que no saben á qué atenerse; pues el señor teniente del destacamento les exige el tributo, según las últimas instrucciones; los moros por otro lado también les piden; así es que muchos subanos se han pasado á la costa de Sibuguey, según informes recibidos.

Después de esto hemos visto que es necesario de toda necesidad que el destacamento de tropa se cambie por otro de soldados casados, del tercio civil, y si no han de ser casados, preferible es renunciar á todo destacamento. El destacamento de soldados no casados, después de cuatro años de existencia en vez de atraer á su derredor á los subanos, los ha alejado más de lo que antes estaban. Mas la razón principal, al pedir que los soldados del tercio sean casados, es porque de esta suerte ellos serán los que harán casas y pueblo; de no ser así, allí no hay gente con quienes hacer pueblo; pues los subanos del río ya nos han dicho que están dispuestos á hacer lo que les mandemos, respecto de reducción, siempre que sea en su lugar y no los obliguemos á venir á la playa, á lo cual no se conforman por hoy.

Por último, en cuanto á la instalación del actual destacamento y pueblo proyectado, he de decir á V. R. que es altamente perjudicial é inconveniente que allí siga; y razón muy poderosa, para creerlo así, es carecer de agua corriente, pues el destacamento se tiene que servir de un pozo que han hecho, y nosotros, si el señor teniente no nos hubiera servido de agua de su filtro, no hubiéramos podido beber agua buena. Además en tiem-

po de lluvias, como era á nuestra llegada, la llanura en donde se proyectaba la fundación y donde está el convento (si tal nombre merece aquella casita) es toda ella un gran charco de agua sin desagüe. Allí se descomponen y se estanca entre el gran cogon, y después vienen las evaporaciones de esa agua y las calenturas indispensables. El río dista de su punto, media hora hacia al Sur, y allí vimos que hay lugar á propósito para trazar el pueblo. El P. Obach y yo lo recorrimos todo aquello en busca de sitio á propósito.

En cuanto á las condiciones topográficas de la bahía poco hay que decir, pues fuera de las dos pequeñas llanuras del río Sindangan y la del río Mucás, que es mayor é incomparablemente mejor que la primera, ella está ceñida de cordilleras que se levantan junto á la playa y no dejan tierra cultivable al arado. Los montes aprovechan las pendientes, alturas y rincones.

La Misión ya habrá llegado á ésa, y fuera de lo de Sindangan V. R. sabe que aquí se necesita un Padre más. Las rancharías del monte todavía no las he visitado, pues no pude hacerlo antes de San Ignacio, y por esta razón no puedo informar de ellas. Después que las haya visto le diré lo que haya. No he visto en el mundo gente más perezosa que estos subanos; hasta para taparrabos escasean un girón de ropa; compadézcase V. R., y mándenlos con larga mano muchas ropas de las que vendrán con la Misión de la Península.

P. D.—Olvidábame decirle, que los estragos del último cólera han contribuido á mermar el número de los subanos; pero mucho más que el cólera, ha influido la gran presa que hicieron los moros hace dos años en sus últimas intentonas. Según cálculos nada aventurados, pasan de mil los subanos que fueron esclavizados; pues rancharías hay que desaparecieron por completo. Bueno es que, aunque tarde, se sepa la verdad.

Convendría que V. R. nos dijera sus planes respecto de tomar ó dejar á Sindangan, para ajustar nosotros nuestra conducta á ellos. Si se ha de ocupar creo que es necesario, antes de fijarse allí, ir para comenzar las Reducciones, y sobre todo para preparar algo de casa donde cobijarse cuando ya se vaya definitivamente; y esto puede hacerse desde Lubungan, haciendo algunos viajes. Por lo que hace á las Reducciones hasta Punot, yo estoy con las manos en la masa, y al efecto pido á V. R. unos cuantos bastones y trajes para entregar el día que se constituyan las justicias. Ya ve V. R. que este campo de la Misión de Lubungan se extiende demasiado para uno solo, y que no se podrá atender á todos si V. R. no se acuerda de nosotros el día de la repartición de los nuevos misioneros.

LOS ÑIS Ó ÑI-PAS

TRIBU LOLOTA DEL YUN-NAN

POR EL P. PABLO VIAL, MISIONERO APOSTÓLICO

VII

De la familia

Al entrar en una población china á las nueve de la mañana, adviértese el rostro macilento y huraño de los fumadores de opio, arrastrando sus zapatos rotos y sus vestidos hechos girones.

Las viejas hállanse sentadas á la puerta, teniendo al lado un cartón incoloro con los retazos de tela que han podido encontrar, y que formarán en breve esos zapatitos que cualquiera tomaría por petacas.

Las jóvenes, en el interior, lavan la vajilla y cuidan del menaje disputando.

Fumando con larga pipa de cobre, los muchachos esperan el momento de dedicarse al trabajo.

Entrad ahora en un pueblo ñi, y desde luego os llamará la atención la agilidad y el ardor de todo el mundo. Las jóvenes vuelven del monte con un haz de leña, los muchachos regresan del campo, y la madre dispone la cena, mientras los viejos arreglan el corral. Entre nosotros: la casa tiene nueve metros de largo, por cinco de ancho y seis de alto: los muros y el techo son de tierra y paja respectivamente.

No hay en ella más que una puerta, y en la pared frontera un agujero que puede llamarse ventana.

En la cocina, que está á un lado, búscase á tientas la escalera que sube al dormitorio. Al lado opuesto hay el establo, y en medio los instrumentos agrícolas.

Si las familias son ricas y numerosas, lo que es muy frecuente, constrúyense varias casas, y entonces la cocina y el establo están en edificio aparte.

No busquéis allí lecho, ni banco, ni mesa. Son muebles de lujo, y por lo tanto desconocidos. ¿Llega un huésped? Preséntanle una tarima para que tome asiento, y una ó dos hojas de tabaco para que se entretenga hasta la hora de comer.

¿Es el Padre? ¿Sospéchase que lleva en el bolsillo algunas baratijas? Niños ó jovencitas rodéanle modestamente pidiéndole con una sonrisa, una mirada y aun con alguna palabra el objeto de su suprema ambición.

¿Sois reservado y frío? La caterva de chicos se retira sin murmurar, pero quedáis desacreditado, y si todavía halláis puerta abierta, se os cierran los corazones.

¿Os manifestáis, al contrario, franco, sencillo, paternal, generoso, sabiendo que esas buenas gentes nunca traspasan los límites del decoro y reverencia? Pronto aquellos rostros se animan, y un *gebo* (gracias) recompensará el obsequio que les hacéis.

En el umbral de la puerta aparece la joven madre. Aunque nada os dice, podéis adivinar su pensamiento y poner en su áspera mano algunas perlas para ella y su chicuelo.

Si traéis ocultas ciertas curiosidades extranjerías, no las mostréis á no estar dispuesto á sacrificar vuestro descanso y á responder á mil preguntas.

A la hora de comer ponen en el suelo una estera, y sobre ella tazas, un haz de palillos y un plato de arroz caliente. El dueño descuelga la botella de aguardiente, y la ama de casa deposita una humeante cazuela en la cual nadan patatas, coles, pimientos, rábanos, etc.

El arroz y la leche aparecen pocas veces en la mesa de estos indígenas: su alimento ordinario se compone de maíz, avena, habas y raíces silvestres. Todo pasa con un poco de vino y una pipa.

Si los platos no brillan por su delicadeza y variedad, en cambio son abundantes. Los lolos son menos dignos de lástima que tantos ricos inapetentes delante de una mesa llena de manjares exquisitos.

El trabajo es la vida de los ñis. Levantada antes de la aurora, la joven toma un hacha y va al bosque en busca de leña, mientras los hombres se dedican á las labores agrícolas hasta las nueve de la mañana.

De vuelta antes del desayuno, la joven levanta, viste y atiende al pequeñuelo hasta que la madre, que prepara el almuerzo, tenga tiempo para amamantarlo. Una vez todo dispuesto, lávanse con un poco de agua caliente: una sola vasija sirve para cuatro ó cinco personas. Las manos hacen el oficio de toalla. Hecho esto, siéntanse á la mesa.

Al desayuno sigue la recreación. Los niños llevan á apacentar el rebaño, los mayores se dirigen á los campos, y ciérrase la puerta con llave.

La madre vuelve á las tres de la tarde y prepara la comida, pues no se hacen más que dos al día. Bueyes, cabras, carneros, caballos, todos regresan pausadamente, y antes de la noche les dan heno otra vez.

Después de comer los muchachos tañen la mandolina (*V. el grabado de la pág. 101*), y van á tomar el fresco en la plaza. Las jóvenes hilando cáñamo comentan los incidentes del día.

A veces unos y otras saltan y corren cada cual por su lado, sin que nunca se advierta la menor inconveniencia.

Si la noche es apacible, recógense tarde. El lecho se reduce á una estera, y el cobertor es una piel de cabra ó una capa de fieltro.

Por lo demás, los cobertores no hacen falta alguna, pues el calor del fuego y de los animales, y la ausencia de ventanas, mantienen siempre la casa muy caliente.

Mis indígenas soportan el frío lo mismo que el calor. Vestidos con un holgado pantalón de algodón ó cáñamo y de un manto de esta última materia, arrostran el viento, la lluvia y la nieve. Si el frío es harto intenso, pasan horas al rededor de la lumbre aguardando el buen tiempo.

Los vaqueros y cabreros nunca salen sin una capa hecha con fibras del *palma chamærops*, que les envuelve todo el cuerpo.

El gobierno de la casa corresponde á la madre, y quien entra en ella le está sujeto.

Dícese con frecuencia que entre los lolos el hombre no trabaja, y que la mujer es una bestia de carga. Esta apreciación es debida á un estudio superficial. Ciertamente que á veces se ve á un muchacho grandullón pasear á un niño por la plaza; pero es porque han terminado las labores del campo, y las faenas domésticas no le conciernen. El trabajo del hombre es más duro, pero menos largo; el de la mujer es más ligero y cotidiano: cada día lleva su quehacer, porque todos los días hay que comer, alimentar á las bestias, vestir á los niños, arreglar la cena.

Al contrario, los trabajos agrícolas admiten descansos, porque la naturaleza obra en gran parte por sí misma.

En una aldea indígena es raro ver á una joven sin un chicuelo á la espalda: ésta es la cuna de los niños durante el día.

Entre los chinos el padre lo es todo, la mujer para nada se la cuenta.

Entre los indígenas ñis la madre tiene verdaderamente el cetro de la educación. Quizá debe atribuirse á esta particularidad el carácter cordial, infantil, tierno y simpático que los lolos conservan toda su vida.

LAS REMINISCENCIAS DE UN MISIONERO

DE BASUTOLANDA

POR EL R. P. PORTE, OBLATO DE MARÍA INMACULADA

VIII

Nuestros veteranos.—El R. P. Gérard, fundador de las Misiones entre los basutos

INTERROGA *patrem tuum*, dice la Sabiduría, *et annuntiabit tibi*. Al llegar á Basutolanda, encontré los heraldos de la fe que se me habían adelantado de quince á veinte años en el país. Eran veteranos á quienes tenía el deber de interrogar. Con su rostro curtido por el sol, sus cuerpos encorvados por las calenturas y los reumatismos, con sus manos callosas y rudas, ¡cuán bellos me parecieron esos Oblatos de María Inmaculada, aun bajo sus sotanas remendadas y raídas por los años de servicio! Repetidas veces habíamos cantado en nuestra patria: «¡Ah, cuán hermosos son los pies de los misioneros!» Y ahora era testigo de la realidad. ¡Oh, con cuánto interés les veía correr por el monte y el valle tras la oveja perdida! Siempre celosos, día y noche están prontos á ensillar el caballo para ir á consolar á un pagano moribundo que pida el bautismo. Verdaderamente me parecieron santos aquellos Religiosos, que al cabo de quince ó veinte años de vida laboriosa, de soledad y amarguras, conservaban la jovialidad y el fervor de su noviciado. Vi quienes competirían con nuestros jóvenes ecolásticos en regularidad, y quienes harían estremecer á los más rígidos ayunadores. Cometería la más negra ingratitud si no les diese un lugar en mis reminiscencias. Sus nombres débense á la posteridad.

Hoy que la obediencia me ha asignado otra porción de la viña del Señor en Bechuanalanda, á más de quinientos kilómetros de distancia, puedo hablar libremente, sin temor de ofender la modestia de mis compañeros, diciendo de ellos el bien que obran en secreto.

Hace unos cuarenta años, cuando el venerable obispo de Marsella, Ilmo. de Mazenod, impuso á sus hijos los Oblatos de María Inmaculada el deber de evangelizar la Cafrería y países circunvecinos, fué elegido primer vicario apostólico de Natal el Ilmo. Allard, Religioso de edad madura, prudente y experimentado. Cuéntase que el nuevo Prelado no quiso partir sin obtener formal promesa de que le enviarían el año siguiente el H. Gérard, á la sazón sólo minorista, pero á quien todo el mundo tenía ya por santo. El Obispo de Marsella cumplió su palabra, y el H. Gérard abandonó su patria en un buque de guerra que zarpaba para Borbón. Allí el joven diácono trabajó durante tres meses

bajo la dirección del venerado P. Laval, de la Congregación del Espíritu Santo, á quien aún hoy día todos los mauricios esparcidos por el Sur de Africa consideran como un santo extraordinario. Sin duda al ser testigo del celo de aquel apóstol, el P. Gérard sintió nacer en su corazón ese amor á los cafres que no se ha desmentido un solo instante en más de treinta y cinco años: en la adversidad, la persecución y las guerras civiles, siempre los indígenas le han hallado bueno y afable, varón de Dios, predicando más con el ejemplo que con las palabras. Durante siete años en Natal fué el brazo derecho del Vicario apostólico, y como tal, tuvo su pesada parte de tribulaciones en medio de un ministerio infructuoso. El Señor formó á nuestros veteranos por la prueba más ruda al corazón de un apóstol; en siete años el Obispo, el P. Gérard, otros dos Padres y uno ó dos Hermanos legos no pudieron registrar una conversión. De acuerdo con el Ilmo. Allard y el Hermano Bernard, fundó el P. Gérard la Misión de Basutolanda, cuyo centro establecieron en Roma ó *Motsiwa m'a Jesu* (la aldea de la Madre de Jesús). Hacía catorce años que regaba este campo con sus sudores, campo ya fértil y cubierto de sazónada cosecha de almas, cuando partió para instalar la Misión de Santa Mónica, donde le encontré á mi llegada.

Difícil sería expresar todo lo que ha sufrido este apóstol. Un día le arrebató cierto río hasta Natal, dejándolo sano y salvo en la ribera. Durante la guerra de los fusiles los rebeldes le hicieron siete disparos, sin que afortunadamente ninguno le hiriese.

A poco de inaugurada la Misión de Santa Mónica, un caballero pidió hablar con él. Era católico, habitaba en una población vecina, y deseaba cumplir sus deberes religiosos. Los indígenas dirigieron al desconocido hacia las rocas donde hallábase el misionero, que llevaba dos días sin comer.

—Padre, vuelvo en seguida, dijo el caballero, que acto continuo saltó á la silla, regresando á las pocas horas con provisión de pan y carne.

El buen irlandés se confesó lleno de fervor. Poco tiempo después murió santamente, asistido por el Padre Gérard, á quien instituyó heredero universal, lo que valió á la Misión de Santa Mónica un convento de Religiosas.

El domingo y los días festivos el P. Gérard se desayuna á las cuatro de la tarde, cuando todos sus hijos cafres se han retirado, no sin haberle mil veces importunado con sus interminables asuntos. ¿Quién no le ha visto el viernes partir para la acostumbrada visita á sus feligreses harto distantes de la Misión, sin otro viático que un plato de polenta de maíz para todo el día?

A pesar de su mucha edad, con frecuencia monta á caballo para buscar las ovejas perdidas, y cuando vuelve por la noche, jamás se dispensa de sus oraciones, que no acaban antes de media noche, para volver á empezar á las cuatro de la mañana. Las preces y las ceremonias del culto nunca son para él demasiado largas, y todos, paganos ó católicos, blancos y negros, le veneran. Aun los protestantes le respetan más que al

arzobispo de Cantorbery. Cierta día que en una granja de boers presidió los funerales de una mujer católica, hizo un discurso en medio de centenares de boers fanáticos, y cuando hubo concluido, todos exclamaron:

—Si éste no va al cielo, ¿quién de nosotros lo alcanzará?

Este veterano, que me dió los primeros rudimentos de la lengua cafre, es sobre todo el padre de los enfermos. La Misión de Santa Mónica es un hospital abierto á todo el mundo, una ambulancia para todas las guerras, una verdadera puerta del cielo. Pues ¿quién podrá referir y contar los bautismos administrados *in articulo mortis* á los niños y á los adultos refugiados en

que duraban de dos á tres meses, desde el Cabo de Buena Esperanza al país de los basutos.

Hoy, gracias á los progresos de la navegación, los buques ingleses os conducen desde Londres al Cabo en dieciocho ó veinte días. Las vías férreas surcan el país, de suerte que á los tres días de desembarcar en el Cabo podéis hallaros en Basutolanda.

Durante la guerra de los boers, que habían bloqueado Basutolanda por todas partes, el P. Bihan y su compañero el P. Hidien, ofrecieron para poner la Misión de los basutos en comunicación con el Obispo, á la sazón residente en Natal. Tratábase nada menos que de cruzar toda la cordillera del Drakensberg (la montaña del Dragón), que los ingleses apellidan: *Double mountain*



YUN-NAN.—Montañas herroqueñas cerca de Saje. (Pág. 102)

esas chozas que rodean la capilla? Visitad solamente el cementerio, y el crecido número de tumbas os demostrará que el mayor trabajo del P. Gérard es preparar á los enfermos para bien morir. Para cumplir este ministerio ningún sacrificio perdona el varón de Dios. Su carro, sus bueyes, sus caballos, todo lo pone á disposición de los enfermos; pasa horas enteras junto á su lecho, y nunca se ha visto á un pagano resistir á la fuerza de su celo en esa hora suprema.

Al P. Gérard siguióle de cerca el P. Bihan, quien sufrió también grandes fatigas. Uno de ellos pasó tres meses, y el otro seis en el mar, comiendo bizcochos y carne salada; y una vez en tierra, comenzaron esos interminables viajes en vagones arrastrados por bueyes,

(montaña doble), y los masutos: *Maluti* (las Jorobas)

Era una de las más peligrosas empresas, no llevada á cabo por ningún blanco. Los mismos negros sólo conocían de las Maluti algunos valles en que se dedicaban á cazar tigres, leones, cabras monteses, gacelas y antilopes. Además eran el retiro de los *bushmens* (hombres de los bosques), en otro tiempo expulsados por las guerras de la Colonia y ahora atrincherados en los montes. Por la parte del Este los bushmens se entregaban al saqueo de los cafres de Natal, mientras que al Oeste tenían el país de los basutos, que les suministraban víveres, y caballos para sus correrías.

Tribu salvaje y nómada, que sólo vive de la caza, la pesca ó la rapiña, los bushmens son cortos de talla, de

tez amarilla, flacos y repulsivos. No tienen necesidad de sillas ni de estribos para montar sus corceles, que saben lanzar á toda brida por el flanco de las montañas, á lo largo de los precipicios ó por las pendientes rápidas. Sirvense del arco y del carcaj, en que tienen constantemente abundante provisión de flechas emponzoñadas, que producen heridas mortales.

A ejemplo de los bushmens del Kalahari, sus padres los de los montes sacan el veneno de las entrañas de una oruga que los bechuanas denominan *ngua*. Lo preparan con atención exquisita, pues la menor gota sería suficiente para inficionar toda la sangre si ocurriese causarse un rasguño en la mano. Al emplearla embadúrnase de grasa las manos y los brazos. El contra-veneno para estas heridas mortales consiste, según me han dicho, píldoras de grasa en las cuales se introduce una de las orugas *ngua*. Las hacen tragar á aquellos á quienes quieren curar después de haberlos herido.

Los bushmens eran crueles y no daban cuartel cuando sorprendían á un cazador imprudente, ó se defendían de los basutos después de sus rizas.

Hoy las Maluti son conocidas y casi habitadas, y no hay cosa más llana desde Matatiel á Natal siguiendo los senderos frecuentados, poblados de guías y de gente pacífica. Los bushmens han sido rechazados definitivamente: su jefe Suae fué preso y muerto, y dispersóse el resto de la tribu. Mas cuando los PP. Hidien y Le Bihan se atrevieron por aquellos montes, su vida corrió inminente peligro. Sin embargo, con auxilio de una brújula, con dos guías y ocho caballos se lanzaron á aquella guarida de leones, tigres y lobos, y sobre todo de bushmens, más terribles que las mismas fieras.

En diez ó doce días cruzaron las Maluti á costa de grandes fatigas. Al llegar á Natal los oficiales y los agentes del Gobierno les felicitaron por haber abierto un camino que nadie hasta entonces se atrevió á intentar.

En su curso habían pasado el río Orange cerca de su origen, donde vieron una catarata dividida en tres brazos de unos mil piés. Cruzaron un río que el Padre Bihan debía explorar quince años más tarde, donde descubrió un salto perpendicular de quinientos piés, que los naturales llaman *Lihele* (el infierno).

LA ORDEN DE FRAILES MENORES

Señor Director de LAS MISIONES CATÓLICAS:

Una reciente Constitución Apostólica *Felicitate quadam*, que restaura la unidad de la Orden de Menores, dió ocasión á varias interpretaciones inexactas acerca del genuino sentido de este acto pontificio, hijas de la ignorancia de la historia de la misma Orden. Con este motivo en varios periódicos apareció bajo el título de *Aclaración* un suelto cuyo fin era desvanecer aquellas falsas ideas; sin embargo, creo que tal *aclaración* no es suficiente para poner las cosas en su verdadero lugar, y por esto he de merecer de la

atención de V. que se digne insertar en el periódico de su digna dirección lo siguiente, dictado con la más escrupulosa imparcialidad histórico-crítica. *Veritas cum charitate*. Tal es la síntesis de estas líneas.

Fundó nuestro Padre San Francisco en el año 1209 la *Orden de Frailes Menores*, á los que dió como Regla la observancia del Santo Evangelio con los tres votos esenciales de la Religión.

Casi desde los comienzos de la Orden determináronse en ésta dos corrientes, formada la una por aquellos Religiosos que deseaban cierta mitigación en lo concerniente al modo especial como Voto de pobreza debía observarse la Regla, y la otra la constituían aquellos frailes fieles al espíritu del Santo Fundador, quienes conservaron la pureza primitiva de la misma Regla. Ambas corrientes manteníanse sometidas á un solo Ministro general, sucesor de San Francisco, conservando así la unidad de la Orden.

Mas el Sumo Pontífice León X por razones altamente convenientes separó, en virtud de su célebre Bula *Ite et vos in vineam meam*, de 19 de Mayo de 1517, las dos Familias, haciéndolas Ordenes independientes, entregando los sellos de la *Orden de Menores* á la que conservó la pureza de la Regla, quienes siguieron con la misma denominación, y autorizando á los otros para elegir un Superior que debía llamarse *Maestro general*, para diferenciarse del de los *Menores*, que siempre se llamó *Ministro general* en conformidad con la terminología de la Regla (1).

Entre las provincias de la *Orden de Menores* surgieron varias reformas, conservando, empero, la unidad de jurisdicción por cuanto reconocían todas un solo Superior General: de las cuales últimamente existían cuatro, á saber: *Observantes*, *Recolectos*, *Reformados* y *Alcantarinios*, Familias que solamente se diferenciaban por Estatutos peculiares que añadían más ó menos austeridad á la pura observancia de la Regla que todos guardaban, conservando así la unidad de espíritu del modo que constituían un solo cuerpo bajo el gobierno de un solo General, como he dicho.

Tres siglos después de la muerte de nuestro Padre San Francisco, un Religioso de la *Observancia*, el Padre Mateo Baschi, retiróse con algunos compañeros á un lugar solitario para llevar vida eremítica, añadiendo además á las prescripciones de la Regla nuevas austeridades y mortificaciones. El Pontífice Clemente VII por la Bula *Zelus religionis* dada en 3 de Julio de 1529, aprobó la nueva reforma sometiéndola á los Conventuales, cuyo Maestro general recibía á su vez la confirmación del Ministro general *totius Ordinis Fratrum Minorum* (Bula *Omnipotens Deus*, de León X). Después de varias vicisitudes, ya prósperas, ya adversas, el Papa Paulo V con la Bula *In Supremo* de 20 de Octubre de 1619 constituyó á los Capuchinos como Orden independiente, con Superior General propio. Su fundador Mateo Baschi retornó en 1537 á la *Observancia*, donde, pasados unos cuantos años de santa vida, murió en olor de santidad.

Dividense, según lo dicho, los profesores de la Re-

(1) Más tarde los conventuales comenzaron á denominar á su Superior general con el título de «Ministro general de los Frailes Menores Conventuales.»

gla de San Francisco en tres Ordenes, la de los *Menores* propiamente dicha, la de los *Conventuales* y la de los *Capuchinos*. Las dos primeras constituyendo hasta León X una sola Orden, la de San Francisco. Separó el dicho Papa á los que denominaron *Conventuales*, continuando los otros con la denominación de la Orden de Menores, de la cual más tarde salió la frondosa rama de los *Capuchinos*, quienes con los *Conventuales*, separándose del tronco primario, constituyeron dos como árboles franciscanos independientes. He aquí la razón por que son verdaderos hijos de San Francisco y *para cada uno de ellos* su General es verdadero sucesor de nuestro Padre, y he aquí también por qué el tronco, la llamada *Orden de Menores*, por autonomasia, entre las tres Ordenes, es, según la Bula *Felicitate quadam* de Su Santidad León XIII, la primera en el honor y en la precedencia (1), ya que en la jurisdicción las otras dos son independientes y tienen vida propia, no de otra suerte, siguiendo la comparación aludida, que los esquejes desprendidos de un árbol, luego que adquieren raíz propia constituyen árboles independientes del original, pero de la misma especie (2).

En esta Orden de Menores existían hasta hace poco las cuatro Familias que hemos mencionado, separación que no empecía á la unidad de la Orden por cuanto todas ellas profesaban la pureza de la Regla y obedecían á un solo Ministro general; sin embargo empañaban algún tanto la exteriorización de la misma unidad, y si al fundarse cada una existieron razones, que justificaron su aparición, hoy desapareciendo estas razones, debía desaparecer tal división, y de hecho desapareció. Nuestro Santísimo Padre León XIII, el Pontífice de la Unión, la cual es símbolo de la verdad una, y de la caridad unitiva, por la aludida Bula *Felicitate quadam* anula todas las diferencias de las sobredichas Familias, que de ahora en lo sucesivo sólo deben llamarse con el primitivo nombre de Frailes Menores, regirse por unos mismos Estatutos y obedecer como hasta aquí al *Ministro general de la Orden de Menores*.

Tal es, á grandes rasgos expuesta, la significación del trascendental documento pontificio que motiva estas líneas, y que hace época en la historia de la Orden Seráfica.

Creo, señor Director, que teniendo presente lo que acabo de exponer, siquiera de manera desaliñada, no puede compadecerse la buena fe con cualquiera interpretación de la Bula *Felicitate quadam*, que tienda á desvirtuar lo que en ésta clarísimamente se dice acerca de la naturaleza y filiación de la *Orden de Menores*.

Estamos conformes con lo que dice una Revista francesa hablando de este asunto, que lo que hace verdaderos frailes Menores, más que el nombre, es la fiel observancia de la Regla y la imitación de las virtudes del Santo Patriarca, quien reconocerá como primogénitos suyos á los que con mayor fidelidad hayan seguido sus enseñanzas; sin embargo, séame lícito añadir con otra

Revista de la misma nación: «¿No es creíble con verdadero fundamento que el Seráfico Padre reconocerá doblemente por suyos á aquellos que habiendo trabajado por observar fielmente su Regla é imitar sus virtudes, hayan también llevado el mismo nombre que él les dió?»

Anticipándole las gracias por la dignación que espero tendrá de insertar estas mal pergeñadas líneas en el periódico de su digno cargo, me suscribo de V. atento seguro servidor en Cristo,

FR. PLÁCIDO ANGEL R. LEMOS,
de la Orden de Menores.

LOS SANTUARIOS DE TIERRA SANTA

II

Santuarios á cargo de los Franciscanos de Tierra Santa (continuación)

En Emaús (Cubbebe)

SANTUARIO DE EMAÚS.—Este es el lugar en donde Jesús, el mismo día de su Resurrección, se dignó aparecer á dos discípulos, que le reconocieron en la fracción del pan.

En Ramle

CAPILLA DE SAN NICODEMUS.—Está erigida en el lugar donde existió la casa de este Santo.

En Nazaret

SANTUARIO DE LA ANUNCIACIÓN.—Está en el lugar que ocupó la casa de Nuestra Señora, á quien el Angel anunció en dicha casa el misterio de la Encarnación y Concepción del Verbo divino.

TALLER DE SAN JOSÉ.—Capilla erigida en el lugar en donde el Santo Patriarca ejerció el humilde oficio de carpintero.

MENSA CHRISTI.—Capilla conocida con tal nombre, por ser tradición que en este lugar se sentó á la mesa con sus discípulos el Divino Maestro, antes y después de su muerte.

TEMBLOR.—Capilla erigida sobre el collado al cual, según la tradición, salió la Virgen Santísima para ver á su Hijo, cuando los judíos le conducían para precipitarle del monte.

Junto á Nazaret

CAPILLA DE SANTIAGO.—Erigida en Jafa (Galilea) en el lugar que ocupaba la casa del Zebedeo.

SANTUARIO DE NAIM.—En donde el Salvador resucitó al hijo de la viuda.

IGLESIA DE SAN JOAQUÍN Y SANTA ANA.—En Sefori (Diocesánea) está esta iglesia construida en donde habitaron los dos santos esposos.

SANTUARIO DE CANÁ.—Es el lugar en donde Jesús hizo el primer milagro, convirtiendo el agua en vino.

CASA DE SAN BARTOLOMÉ APÓSTOL.—En este lugar hay una iglesia recientemente abierta al culto.

MONTE TABOR.—Santuario de la Transfiguración de Jesucristo.

SANTUARIO DE TIBERÍADES.—Es el lugar en donde el Señor confirió á San Pedro el primado apostólico. Cerca encuéntrase el mar de Tiberíades.

(1) «Qui concessu Sedis Apostolicæ antecedit loco et honore ceteros quinque «Fratrum Minorum» merum nomen a Leone X acceptum retinent.»

(2) «Derivatos ab ipsa Religione Sancti Francisci,» dice, hablando de los Capuchinos, Urbano VIII, en la Bula *Salvatoris*, de 1627.



YUN-NAN.—Cristianos de las tribus ñis, ashi y naseko en día de fiesta. (Pág. 102)

En Damasco (Siria)

CASA DE ANANÍAS.—Capilla bajo la advocación de San Ananías, levantada en el lugar que ocupó la casa de este discípulo de Jesús, y á quien el Salvador se apareció mandándole que saliese por la *Via recta* al encuentro de Saulo de Tarsis (San Pablo), que estaba en casa de Judas.

III

Otros Santuarios servidos más ó menos directamente por la Santa Custodia

SEPULCRO DE MARÍA SANTÍSIMA.—Está en poder de los griegos armenios cismáticos; pero los y Franciscanos tienen el derecho de visitarlo en peregrinación el 15 de Agosto.

SANTUARIO DE LA ASCENCIÓN.—Este santuario, que está sobre el monte Olivete, usurpado primeramente por los cismáticos, cayó después en manos de los turcos, los que han convertido en mezquita la capilla que allí estaba edificada, en la cual está la piedra en que aparecen impresas las huellas del Señor. Los Franciscanos conservan, á pesar de lo dicho, el derecho de celebrar allí solemnemente los divinos misterios en la fiesta de la Ascensión, y de visitarlo y celebrar sobre altar portátil, previa petición, lo cual no es consentido á los otros ritos.

VIRI GALILEI.—Por dicho monte andaban los Franciscanos en devota peregrinación el día de la Ascensión, lo cual ahora no pueden hacer, porque los griegos, con-

tra todo derecho, le han rodeado con un muro. Los Franciscanos protestaron solemnemente, pero hasta ahora no encontraron quien les haga justicia.

GRUTA DE LOS PASTORES.—Es el lugar en donde fué anunciado á éstos el Nacimiento de Jesucristo. Este santuario perteneció á los Franciscanos, mas ahora está en poder de los griegos cismáticos; no obstante, aquéllos conservan todavía el derecho de ir á él en peregrinación con el pueblo el día de la Natividad del Señor después del medio día.

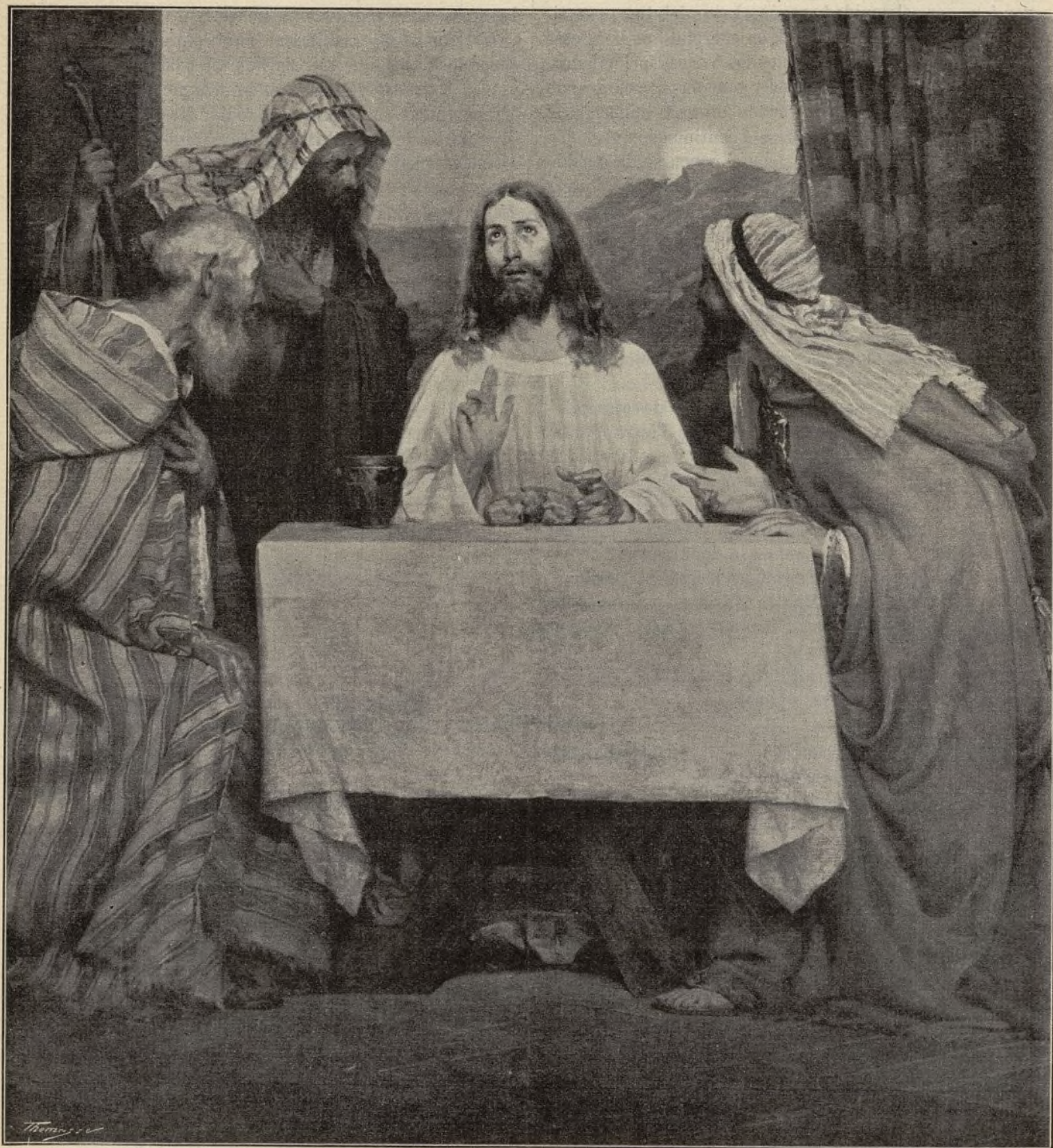
EL PRECIPICIO.—Monte desde el cual los judíos quisieron precipitar al Señor. Los Franciscanos van á él en peregrinación una vez al año.

SEPULCRO DE LÁZARO.—Está en Betania, y los Franciscanos tienen el derecho de ir á él en peregrinación el viernes después de la cuarta dominica de Cuaresma y en el día de Santa María Magdalena. Recientemente han adquirido una casa que dista setenta metros del sepulcro.

IV

Culto religioso en Tierra Santa

En las iglesias de los conventos, sean Santuarios ó no, celebra la Santa Custodia todo el Oficio eclesiástico, tal como suele practicarse en las grandes basílicas del mundo católico. Recítanse por lo tanto cotidianamente las Horas canónicas en el coro y en alta voz, y con frecuencia algunas de ellas, como Tercia, Vísperas, Completas y Maitines con Laudes, se cantan solemnemente y con acompañamiento de órgano. En el Santo Sepul-



TIERRA SANTA.—Emaús. (Pág. 107)

(Cuadro del Sr. Estruch)

cro la recitación ó el canto de Maitines y Laudes celebrase indefectiblemente á la media noche (1). Durante la mañana dícense muchas Misas en las iglesias, y todas las tardes, después de haber rezado en el coro las Completas ó los Maitines, hácese una procesión con mayor ó menor solemnidad, según el rito del día, para visitar los Santuarios que están en el recinto de la iglesia ó del convento, ó por lo menos los altares principales, cantando entre tanto himnos y oraciones, con grande edificación del pueblo, que acude en gran número á la función. Con frecuencia tiénese á continuación el piadoso ejercicio del *Via Crucis*, con el concurso de muchísimas personas; y aquí es digno de notar el *Via Crucis* que acostumbran hacer los Franciscanos de Jerusalén todos los viernes, saliendo del templo de San Salvador y recorriendo procesionalmente las calles de la ciudad, haciendo estación en cada uno de los lugares en que se verificaron los misterios que se meditan en este piadoso ejercicio, visitando el Santo Monte Calvario, y dando fin á tan conmovedora ceremonia en el Sepulcro de Jesucristo.

Otras funciones sagradas y ejercicios devotos celebran públicamente los Franciscanos de Tierra Santa, como son: funerales por los difuntos; Misas cantadas; las fiestas principales de los Santos de la Orden; la meditación dos veces al día, según prescriben las Constituciones; la estación de la tarde en presencia del Santísimo Sacramento para ganar la indulgencia; la solemne exposición de la Santísima Eucaristía; triduos, novenas, octavarios; el Mes de Mayo, y en algunos lugares con plática diaria, en honor de Maria; la devoción al Santísimo Nombre de Jesús; la del Sagrado Corazón; y otras muchas sagradas funciones y piadosos ejercicios que sería largo enumerar.

No pasaremos, sin embargo, en silencio las de los días festivos. Las iglesias de Tierra Santa, hermosas generalmente, así por su construcción como por su ornato, ricas en pinturas y esculturas de notables artistas, devotas por la celebridad de los recuerdos que despiertan en el ánimo, y espléndidas por la riqueza de las lámparas, candelabros y otros objetos del culto, donados por generosos bienhechores y príncipes de todas las naciones, presentan siempre un aspecto sobremana encantador. Mas en los días festivos, especialmente en los más solemnes de la Iglesia y de la Orden, bien sea por el mayor concurso del pueblo, bien por la brillantez de los ornamentos sagrados, ya por la multitud de luces que resplandecen entre nubes de oloroso incienso, ya, en fin, por la gravedad y dulzura del canto acompañado del órgano y de otros instrumentos musicales, parece que están diciendo á los presentes: adorad, porque el templo está lleno de la infinita majestad del Señor. Y es necesario que así suceda, pues los pueblos orientales, á causa de su esquisita sensibilidad y de la viveza de su imaginación, difícilmente se determinan á adorar á Dios en espíritu y en verdad, sin el devoto esplendor y la sagrada pompa del culto externo. Por esta razón los Franciscanos celebran en sus iglesias muchas Misas rezadas hasta muy tarde, á fin de ofrecer

al pueblo toda la comodidad para asistir al Santo Sacrificio, y cantan una con toda la pompa que pide el sagrado ceremonial, á fin de levantar los espíritus por medio de las cosas sensibles á las celestiales. Por la tarde cántase Vísperas con la misma solemnidad, y celebranse otras sagradas funciones.

Y es oportuno manifestar aquí, para edificación de todos los fieles, que son sin limosna casi todas las funciones sagradas y Misas celebradas por los Religiosos Franciscanos de la Santa Custodia. He aquí la aplicación hecha de las Misas durante el año de 1892, y entendiéndose que lo mismo sucede todos los años:

Misas aplicadas por el Sumo Pontífice.	260
" " por el Ministro general.	50
" " por los príncipes.	2,635
" " por los bienhechores de Tierra Santa.	15,584
" " por el pueblo.	2,427
" " por los que trabajan por la T. S.	260
" " por los Religiosos de T. S.	9,698
" " por los difuntos.	10,885
" " por las necesidades de T. S.	626
" " según el Calendario.	336
Total.	42,761

LOS NIÑOS LEPROSOS

SABÉIS lo qué es la lepra, niños míos? ¿No? pues estadme atentos, y os lo diré en pocas palabras.

La lepra es la más horrible de las enfermedades que afligen á la humanidad. Los pobrecitos que la contraen, presentan el más triste de los espectáculos; su cuerpo se convierte en una sola llaga; sus carnes se van cayendo á pedazos, y de todo su ser se desprende un hedor fétido, insufrible. En este miserable estado pasan años y años sufriendo lo que no es decible, y más que todo porque al primer síntoma de la terrible enfermedad, desapareció su esperanza: su mal es incurable.

Entre los leprosos se cuentan también muchos niños. ¡Pobrecitos! Para ellos no ofrece sus primores la naturaleza. La rosada primavera de la vida que á vosotros os pone por delante todo un mundo de gratas ilusiones y de encantadores ensueños, á ellos sólo les descubre un vastísimo horizonte oscurecido por los densos vapores que cubren la atmósfera y levanta el dolor, único sol que les alumbra con sus mortecinos y siniestros rayos, surcado en todas direcciones por espantables espectros y horribles fantasmas, sembrado todo él de espinas y de abrojos, árido y desierto sin un árbol bajo cuyas benéficas ramas guarecerse para templar los rigores del tiempo, sin una gota de agua pura y cristalina que mitigue los ardores de la intensa fiebre en que todo su ser languidece y se consume.

Vuestro corazón de niño, naturalmente tierno y compasivo, no puede menos de conmoverse de estos seres, los más desgraciados de la tierra; pero no debéis contentaros con una compasión estéril; es necesario que

(1) En las iglesias de los santuarios se recita además en el coro todos los días el Oficio parvo de Nuestra Señora.

secundéis los generosos impulsos de vuestro corazón movido por la caridad cristiana; debéis hacer algo práctico que pueda ser de lenitivo y consuelo á los pobrecitos leprosos.

Bien está, me diréis vosotros; pero ¿qué es lo que en favor de ellos podremos hacer nosotros? Prestadme por un poco más vuestra atención y oid el siguiente hermoso ejemplo, digno de ser conocido é imitado, que os da un niño como vosotros, y como vosotros amante del divino Niño de Belén.

El R. P. Rabagliati, superior de los Salesianos de Colombia, había emprendido por las ciudades de aquella república una activa y enérgica campaña en favor de los infelices leprosos, y á la sazón predicaba en la ciudad de Pamplona. Entre el numeroso auditorio se contaba un niño que en aquel mismo día había hecho su primera comunión. Ostentaba pendiente de su pecho una preciosa medalla de oro, que su buena madre le había regalado para que la conservase como perenne recuerdo de aquel día, el más bello y dichoso de su vida. Al oír hablar del sinnúmero de sufrimientos físicos y morales que padecen los pobres leprosos en los lazaretos, y que en ellos hay también muchos niños que sufren la desnudez, el hambre y toda clase de miserias, el buen niño se enterneció; se le llenaron los ojos de lágrimas, y en el fondo de su alma resolvió hacer él también algo en provecho de aquellos pobres hermanitos suyos, víctimas de tan horrible azote. Al acabar la conferencia, la medalla no estaba ya sobre su pecho; la revolvía entre sus manos como si meditara el empleo que debía darla.

—Papá... ¿me lo permite? dijo al fin tímidamente.

—¿El qué, hijo mío?

—Desearía dar al Padre esta medalla para que la convirtiera en pan y abrigo en provecho de algunos niños leprosos.

—¡Hijo mío!

—Sí, papá; tengo mucho gusto en hacerlo: yo no poseo dinero para el Padre, y sin embargo quisiera darle algo de valor. Yo tengo un padre y una madre que no me dejan carecer de nada; ellos, pobres huerfanitos, nada poseen, todo les falta. Permítamelo V., papá; la ocasión no puede ser más favorable: hoy es el día de mi primera Comunión y el Niño Jesús estará contento de mí.

Enternecido el venturoso padre de aquel niño, no pudo contener las lágrimas de contento que se le saltaban de los ojos, y después de dar gracias á Dios que le había dado un hijo tan bueno y de un corazón tan tierno y compasivo.

—Sí, hijo mío, le contestó, haz lo que tú desees; pero la medalla es un regalo de tu buena madre, y ella y yo deseamos que la conserves siempre como un recuerdo de este día afortunado. Yo te daré, en cambio, el doble del valor de la medalla para que se lo entregues al Padre. ¿Aceptas el trato, hijo mío?

—¡Oh, sí, papá, y que Dios le recompense su bondad!

Ahora ya sabéis lo que podéis vosotros hacer en favor de los pobres niños leprosos. Imitad el conmovedor ejemplo de este niño encantador; sed generosos, no temáis hacer el sacrificio de alguno de vuestros gustos ó

de vuestros juguetes; pensad que lo que dais á los leprosos se lo dais al Niño Jesús, que os recompensará abundantemente. De este modo, al mismo tiempo que remediaréis la miseria física y moral de muchos pobres niños, contribuiréis eficazmente á labraros vuestra verdadera felicidad en ésta y en la otra vida.—(B. S.).

VIAJE POR LOS PAÍSES BÍBLICOS

En el deseo de dar á nuestros lectores una idea de la reciente obra del Excmo. señor arzobispo de Montevideo Ilmo. Mariano Soler, publicamos hoy parte de la introducción, donde se ha trazado el plan y el itinerario del viaje que siguió el autor y que da el título á su libro.

INTRODUCCIÓN

ME encontraba en el Cairo, llegado de Roma por Alejandría, para ir por la cuarta vez á la santa ciudad de Jerusalén, á visitar el Santo Sepulcro, atracción suprema del corazón cristiano.

No quise ir esta vez por el camino trillado y vulgar de Port-Said y Jaffa, sino por donde había ido el pueblo de Israel conducido por Moisés, al través de la península sinaítica por la Arabia Petrea, cabalgando sobre la gibosa torre del pausado camello, por el profundo y solitario desierto. Quise ir por las viejas y casi abandonadas rutas por donde treinta y cuatro siglos ha pasara el pueblo de Dios en su éxodo inmortal de Egipto, y recrear mi alma con sublimes contemplaciones en el camino de las soledades desiertas, lejos del mundanal bullicio.

Por más que personas bien intencionadas me quisieron arredrar, observándome que la prolongada ruta por el Sinaí, Akabah y el desierto de la Arabia Petrea tenía sus peligros por los asaltos de tribus nómadas, peligros en los que por mero presentimiento no quería creer, así como también por las grandes incomodidades de una continua vida nómada de treinta y ocho días bajo las tiendas como los beduinos del desierto; á todo me resignaba, sin embargo, á trueque de gozar de aquellos panoramas nunca vistos y de aquellos magníficos y agrestes paisajes ostentados por una naturaleza virgen, como en el primer día de la creación, sin ningún rastro de la industria y arte del hombre.

Yo estaba determinado á todo, porque resonaba en mi mente esta observación feliz de un insigne explorador de las tierras bíblicas: «El coraje y la resolución del viajero que desde antiquísimo tiempo no ha titubeado en forzar el paso al través de las montañas para encontrar un camino entre las solitarias tribus, se explica muy bien, porque en este desierto y en esas montañas han tenido lugar acontecimientos del más alto interés en sí mismos, y de las más grandes consecuencias para el porvenir del género humano; y porque refiriéndonos especialmente á la península sinaítica, ésta ha sido teatro de hechos del más alto carácter, recibido de éstos, por decirlo así, una santidad y una consagración que la han convertido en el sagrado vestíbulo de la historia de nuestra fe cristiana.»

No acepté, por tanto, el calificativo de temerario que se daba á mi proyectado viaje, mucho menos ante el

ejemplo de célebres exploradores que desde principios de este siglo, como Burckhardt, Seetzen, Du Cam, De Sautey, De Vogüé, Luynes, E. G. Rey, L. Lartet, Dr. Loitet, Bertou, L. de Laborde, E. de Salle, Robinson, Stanley, Palmer, Porter, Brugsch, Tristram y muchos otros, han recorrido esas regiones bíblicas, aún exponiendo muchas veces sus vidas, para realizar investigaciones exactas y sistemáticas en esos países sobre la arqueología, la topografía, la geología, la historia natural, y la etnografía en sus relaciones con la Biblia, como se lo propone de una manera permanente la Sociedad inglesa denominada *Palestine Exploration Fund*, fundada en 1865; pues tan grande es la importancia que se da á las excursiones bíblicas por esas regiones.

Si estos antecedentes despertaron en mi ánimo el deseo de recorrer esos países, que, al decir de M. Stanley, tenían un puesto eminente en la historia del mundo, no era por cierto con el propósito de realizar una exploración científica propiamente dicha, ya que no tenía la aptitud ni la erudición requeridas, sino simplemente como turista cristiano seguir sus huellas, y aprovechar sus conquistas y conocimientos para darme la cristiana y noble satisfacción de contemplar tan célebres lugares y tierras tan legendarias; sin que fueran parte para apartarme de la empresa las dificultades del desierto, ya en parte conocidas por mis anteriores ensayos en los desiertos de Siria y de Mesopotamia. Sobre todo, iba á recorrer el itinerario inmortal del pueblo hebreo descrito por Moisés en el Pentateuco.

Añadamos ahora algunas palabras sobre la importancia é interés histórico de esta peregrinación.

Como la tierra de Canaán, fecunda en prodigios, las riberas del mar Rojo, los montes del Sinaí, y los desiertos de la Arabia Petrea, fueron teatro de los más memorables acontecimientos de la historia del pueblo escogido, y transcurridos que son más de treinta y cuatro siglos, es una de las satisfacciones más grandes que puede uno experimentar, seguir en pos, digámoslo así, de los israelitas, saliendo de Egipto, el viaje del Sinaí, la Arabia Petrea y el Oriente del mar Muerto hasta Jericó.

Hace pocos años este viaje, con sus fatigas y variados percances, como de panoramas sublimes, comenzaba en el Cairo: allí se tomaban los camellos de la caravana del desierto, y después de tres largas y mortales jornadas, se llegaba á las fronteras de Egipto hacia el mar Rojo; pero en el día el camino de hierro de Suez allana al viajero este primer inconveniente, aunque se haga idéntica travesía.

El aspecto del país hasta Suez es por demás triste y monótono; los frescos oasis, las caravanas de beduinos, los campamentos y rebaños que dan alguna animación y vida á otros desiertos, búscanse en vano en aquellas inmensas planicies donde torrentes de fuego en la atmósfera y la reverberación del suelo en verano forman como incandescente horno, en que todo aparece seco y calcinado. Pero si árida es la tierra, no puede quedarle la fantasía en una región que bien merece el nombre de camino real de la gloria y de los grandes hombres. En aquel desierto, que va á confinar con las montañas



TIERRA SANTA.—Betsaida, región de Galilea, patria del apóstol San Andrés



EL VIÁTICO EN LA ALDEA. (Pág. 118)

de Moab, en aquel paso del Africa al Asia, representase á la mente las admirables emigraciones de los reyes y pueblos de remotos tiempos, y por él parece que se ven desfilar los héroes todos de la antigüedad sagrada y profana. Pero debemos concretarnos á lo que se refiere á la historia de Israel.

Cuatrocientos y más años habían transcurrido desde la gran catástrofe del diluvio, y los pueblos, engolfados en vías de perdición, daban al olvido de cada vez más la verdadera idea de la Divinidad. Para conservar la pura, para que no pereciese entre los hombres la antigua creencia, así en la creación del universo como en la alta providencia que lo gobierna y dirige, eligió Dios al caldeo Abraham rico en servidores y ganados y poderoso como un rey; mandóle para ello dejar su patria, Ur de Caldea, y establecerse en la tierra de Canaán con promesa de darla á sus descendientes, que habían de ser tan numerosos como las estrellas del cielo y las arenas del mar; viniendo á ser así la vocación de Abraham la base histórica del pueblo de Israel.

Abraham tuvo dos hijos; Ismael, tronco de la nación árabe, é Isaac, que fué padre de Jacob, tronco de Israel: todos ellos vivieron en el país de Canaán, aunque como extranjeros y sin poseer en él un palmo de tierra.

Conocida es la historia de los doce hijos de Jacob, padres de las doce tribus, y en especial la del más interesante entre ellos, la de José, que llevado á Egipto, llegó á ocupar en aquella corte el primer puesto. El hambre conduce allí á Jacob y á su familia en número de setenta personas, y al amparo del poderoso José, gran virrey de Egipto, se establece en el país de Gesén, cuya capital era Rameses.

Jacob vivió aún diecisiete años, y murió á los ciento cuarenta y siete bendiciendo á sus hijos. José hizo embalsamar su cuerpo, según la usanza egipcia, y en seguida, fiel ejecutor del postrer encargo de su padre, fué con regio cortejo á darle sepultura con Abraham é Isaac en una gruta de Hebrón, que aún hoy veneran cristianos y musulmanes.

De regreso á la tierra de Gesén, la familia de Jacob tuvo gran crecimiento, y en cuatrocientos y treinta años llegó á ser un verdadero pueblo; y tanto que hubo soberanos de Egipto que asustados de su gran número, lo oprimieron y vejaron, reduciéndolo á triste esclavitud; pero cuanto mayor era la opresión más los israelitas aumentaban. Moisés, cuya dramática historia nadie ignora, los salva de vergonzoso cautiverio: movido por Dios, puede al fin quebrantar, á fuerza de reiterados, prodigios la obstinada crueldad de Faraón, y por él guiados salen de Egipto atravesando el desierto los futuros conquistadores de la Tierra prometida.

Después que los israelitas recibieron la ley en el Sinaí y peregrinaron cuarenta años en el desierto, ya muerto Moisés y acaudillados por su sucesor Josué, pasaron el río Jordán, y penetraron en són de guerra por el país objeto de su constante anhelo y de las divinas promesas. La plaza de Jericó cae en su poder, y portentosas victorias hacen suya la mayor parte del territorio, el cual fué repartido entre las doce tribus, hallando en él profundas huellas y grandes memorias

del paso y de la estancia de sus mayores. Esta historia está narrada en el Pentatueco de Moisés, que más adelante expondremos, como base del itinerario de nuestra excursión al través del desierto.

Así, pues, la peregrinación por los desiertos de la Arabia Petrea y del Sinaí es para los cristianos el más bello y más edecuoado principio de su viaje á Tierra Santa. Y aun en los hombres descreídos ha de despertar el Sinaí vivísimo interés, ya que alzándose en el centro de las tres partes del mundo más considerables, domina, por decirlo así, el teatro de la historia de la humanidad. A los ojos de la fe es el Sinaí una montaña santa, que será devotamente visitada hasta la consumación de los tiempos; para el filósofo y el hombre pensador es un sitio que inspira graves y profundas meditaciones; para el turista, en fin, es una de las comarcas más pintorescas del globo y más dignas de ser conocidas y admiradas.

Queda, por tanto, expuesta, aunque brevemente, la importancia histórica de nuestra peregrinación y del interés sagrado que para nosotros tenía la atrevida empresa de dirigirnos á Tierra Santa por el camino del desierto tras las huellas del pueblo de Israel, guiado por Moisés.

Por lo demás, cúmplenos advertir que la presente narración está muy lejos de tener la pretensión de un trabajo literario; pues careciendo de tiempo para ello, nos hemos determinado á publicar simplemente nuestros apuntes de viaje, apenas retocados para darles trabazón y orden, quedando con todas las desventajas de un simple itinerario.

Sin embargo, para suplir en parte la falta de unidad y satisfacer la curiosidad del lector, nos proponemos dar una rápida y sintética idea del viaje, antes de entrar en los detalles más amplios del mismo, como lo exige la importancia de la materia.

(Se concluirá).

ESTUDIO DE UN MISIONERO

LAS ARAÑAS VENENOSAS

IV

La araña llamada *de los Estados Unidos*, porque, en efecto, en aquella región de América se conoce, es de color bronceado ó negro, y pertenece al mismo género que la *maliniata*. Científicamente se conoce con el nombre significativo de *Lathrodectus mactans*.

Recientemente se abrió una información muy curiosa sobre los efectos de los venenos de las arañas, habiendo aparecido los estudios sobre el particular en el *Insect Life* (1), boletín periódico, publicado en Washington para dar á conocer todos los trabajos entomológicos que pueden interesar á los Estados Unidos. El jefe de estos servicios, director de la mencionada Revista, es el sabio Mr. C. V. Riley, activamente secundado por su ayudante Mr. L. O. Hoovarq.

En la mencionada publicación se ha dado cuenta de

(1) Años 1889 á 1893.

numerosos accidentes de diversa gravedad, ocurridos á consecuencia de mordeduras de arañas. Los comunicados por un distinguido médico, el Dr. E. R. Corson, de Savannah, son particularmente dignos de mención. Los síntomas observados han sido dolores vivos en el vientre y en el espinazo, convulsiones, fiebre, respiración dispneica y pulso frecuente y duro. El Dr. Corson defiende la hipótesis de atribuir al veneno de ciertas arañas nada menos que verdaderas propiedades tetánicas.

El tratamiento empleado para combatir el mal ha consistido en inyecciones de morfina y algunos estimulantes, con lo que se ha conseguido combatir los efectos del veneno.

Pero en ninguno de los casos tratados por el Dr. Corson se ha podido conocer con certidumbre la naturaleza de la alimaña que había mordido al sujeto.

Señálase también el caso de un joven labrador, de las cercanías de Greensborough, mordido por una araña negra á las ocho de la mañana y muerto el mismo día, después de sufrir agudos dolores y espasmos, á las diez de la noche. Este sujeto, mordido probablemente por la *Lathrodictus mactans*, no sintió los efectos de la mordedura hasta tres horas después de haberla recibido.

El único caso en el que parece ha podido imputarse con certeza la mordedura á la araña *Lathrodictus mactans*, es el de un niño mordido en el párpado del ojo izquierdo el 5 de Octubre de 1891 en la ciudad de Boston. Inflamación de la parte dañada, fiebre y convulsiones fueron los síntomas observados durante cerca de tres días. Al cabo de una quincena de cuidados, el niño estaba completamente restablecido.

El Dr. Marx, bien conocido por sus estudios sobre la araña, ha comunicado no hace mucho á la Sociedad Entomológica de Wáshington una relación de las experiencias por él practicadas con el objeto de estudiar los efectos de la mordedura de la araña que nos ocupa; pero no obstante haber hecho inoculaciones en varios animales con el veneno de la araña *Lathrodictus mactans*, no ha podido llegar á ninguna afirmación concluyente.

Otra de las arañas venenosas conocidas en América es la *Lathrodictus formidabilis*, recientemente estudiada en un curioso trabajo del Dr. E. Puga Borne, en las *Actes de la Société scientifique du Chili*.

El sabio profesor de Santiago de Chile, después de haber estudiado el veneno de la mencionada araña, conocida en el país con el nombre de *Guina*, le ha experimentado en el hombre, habiendo notado que los principales síntomas eran dolores generales muy agudos, fiebre, semiparálisis, convulsiones, delirios, sudores y náuseas.

El Dr. Puga Borne no ha observado ningún caso de terminación fatal en el hombre á consecuencia de la mordedura de la araña citada, pero sí ha tenido ocasión de notar que la debilidad de cuerpo y de espíritu persiste, de ordinario, durante mucho tiempo entre los convalecientes.

Después de haber practicado muchos experimentos en diversos animales, el Dr. Puga ha podido convencerse de que el veneno de la *Lathrodictus formidabilis* es mortal para un gran número de especies, tales como las

ratas, los lagartos, los conejos y hasta para el caballo (1).

La araña *Katipo*, de la Nueva Zelanda, pertenece también al género *Lathrodictus* (*Lathrodictus scelio*). Esta araña no se encuentra generalmente más que á las orillas del mar. En el país, tanto los indígenas como los extranjeros y los hombres de ciencia que visitan aquella región, consideran la mordedura de la mencionada araña como muy venenosa.

Cuando un indígena ha sido mordido en su casa por un *Katipo*, y éste no puede encontrarse luego, la casa, con todo lo que encierra, es entregada á las llamas.

El gran pavor que los indígenas tienen á esta araña puede influir indudablemente mucho en algunos de los fenómenos mórbidos que acompañan á la mordedura de la araña *Katipo*. Pero de todos modos, es indudable que su mordedura produce graves accidentes que en ocasiones, según el testimonio de médicos neozelandeses, persisten por espacio de mucho tiempo.

Los principales síntomas observados son: dolores muy agudos en todo el cuerpo pulso lento y debilidad general.

El tratamiento consiste en cauterización de la herida por el amoníaco y algunos estimulantes.

De los varios casos de mordedura de esta araña tratados por el Dr. Hearn, mordido él mismo en cierta ocasión, sólo uno terminó con la muerte, siendo éste un niño de tres meses, muerto á las seis horas de haber sido mordido. En los demás casos, los efectos persistieron más ó menos tiempo, caracterizados por fuertes dolores y una excesiva transpiración.

Mr. C. Frost hizo experimentos del veneno del *Lathrodictus scelio* en un perro y dos ratas: al perro no le produjo apenas ningún efecto la mordedura, y de las dos ratas una murió y otra presentó todos los indicios de la intoxicación, si bien resistió los efectos del veneno (2).

V

En Madagascar los indígenas designan con los nombres de *foca*, *farabola*, *amboabe*, *tara-biby*, *ha la boka*, *mata-hora* y *hala-menabody*, diversas clases de arañas que pasan por ser más ó menos venenosas. La última de las citadas es la más importante. El Dr. A. Vinson la clasificó científicamente nombrándola *Lathrodictus menabody*. Es pequeña, negra, y lleva una mancha roja en la parte posterior y una banda transversal del mismo color en el abdomen. La mordedura de esta araña debe ser dañosa á juzgar por el temor de los indígenas, pero sus efectos no han podido ser estudiados científicamente.

Etienne de Flacourt, autor que ha escrito extensamente acerca de la isla de Madagascar, habla de «otra especie de insecto nombrado *vancoho*, y que es entre las arañas una de las más temibles, porque cuando pica á un hombre cae éste en seguida sin conocimiento y peor que si hubiere sido mordido por un escorpión.» El mismo autor habla de un negro mordido por la araña *van-*

(1) *Actes de la Société scientifique du Chili*. El *Lathrodictus formidabilis* de Chile, por Federico Puga Borne. Santiago, 1893.

(2) *Transactions of the New-Zeland Institute*, 1869.—*Insect life*, 1891.—*Victorian Naturalist*. vol. VIII.

coho, que permaneció «dos días sin conocimiento y frío como el hielo (1).»

Los indígenas, para combatir estos fenómenos que pueden producir la muerte, toman infusiones de plantas del país, y al propio tiempo poniendo la parte dañada cerca de un fuego vivo. Este tratamiento esencialmente diaforético hace suponer que el veneno será expulsado por el sudor mientras se establece la reacción del enfermo. En Tananarive, cuando alguien ha sido picado por el insecto, se hace una incisión inmediatamente sobre la herida y se cauteriza con un hierro puesto al rojo. Con el amoníaco podría obtenerse, á nuestro parecer, el mismo resultado, pero en el país no se conoce este cauterio.

El mismo autor, en su *Voyage á Madagascar au couronnement de Radame II* (París, 1865), afirma que después de las muchas experiencias practicadas en Europa sobre el veneno de las arañas, cree algo exageradas las noticias acerca de la malignidad tan temible atribuída en Madagascar á la mordedura de la *menabody*.

Cuando nosotros llegamos á la isla de Madagascar, como no conociéramos la *menabody* sino por las referencias del Dr. Vinson, quisimos observarla detenidamente, para lo cual pronto se nos ofreció ocasión. Fué en Tamatave, villa del litoral; un niño de pocos años cogió el insecto, que nos trajo entre sus manos, sin cuidarse del daño que pudiese recibir, que, por fortuna,



RUSIA.—Moscou. (Pág. 120)

Según nuestra opinión, esta araña pertenece al género de las *Lathrodectus*, y nos fundamos para hacer esta afirmación en lo que escribe Walckenaer: «El género *Lathrodectus* se distingue por los colores negros con manchas de color de sangre y por los efectos terribles de las mordeduras. Se encuentra en Europa, en África y en América... (2).» «Esta araña se encuentra en toda la extensión de la isla de Madagascar, donde se le designa con el nombre de *vancoho*, en la parte Sur y con el de *menabody* en el interior entre los hooes... (3).»

(1) Etienne de Flacourt, *Histoire de la grande Ile de Madagascar*, pág. 156.

(2) Walckenaer, *Histoire des insectes apteres*. «Des lieux et des climats les plus favorables á la propagation des aranéides, et considerations géographiques et topographiques aux quelles ces insectes donnent lieu.»

(3) A. Vinson, *Aranéides des îles de La Réunion, Maurice et Madagascar*.

no fué ninguno. Más tarde el mismo niño me trajo otras dos *menabody*, que me permitieron observar la manera como depositan sus huevos en una pequeña masa esférica, protegida por una cáscara esferoidal de un blanco ligeramente amarillento y de un diámetro próximamente de diez milímetros.

Para observar los medios de ataque y defensa de la *menabody*, pusimos cerca de una de ellas varios insectos pequeños, que fueron muertos casi en el acto; buscamos luego un coleóptero tres veces más grande que la araña, y lo pusimos cerca de ella, que no vaciló en atacarle resueltamente. El insecto se defendía vigorosamente; la araña empleaba todas sus armas, arrojando sobre su adversario un líquido blanco y viscoso; por fin, tras una larga lucha, quedó abatido del coleóptero, que murió al cabo de algún tiempo á consecuencia de las mordeduras de la araña.

En cuanto á los efectos producidos en el hombre por la mordedura de la *menabody*, sabemos de un colono que fué atacado por el bicho, encontrándose dos minutos después como si sufriese los efectos de una parálisis. Perdió el conocimiento por espacio de media hora, y tuvo luego fuertes dolores y una gran excitación.

Un europeo que en cierta ocasión fué mordido por la *menabody*, sufrió por mucho tiempo las molestias de tumores y abscesos muy dolorosos.

Para atajar los efectos de la mordedura, los indígenas emplean generalmente infusiones de hojas de algunos árboles, los baños de vapor, la incisión y succión de la herida, y no pocas veces algunas prácticas extravagantes nacidas de la superstición y de la ignorancia.

Siguiendo nuestras indicaciones dos jóvenes é ilustrados naturalistas de Tamatave, practicaron inoculaciones del veneno de la *menabody* en varios animales, como pollos, gatos y perros, los resultados fueron negativos y los animales inoculados no sufrieron ningún daño.

Los *Mpisikidy*, agoreros ó empíricos de Madagascar, han practicado también la inoculación del veneno en el hombre, siguiendo las supersticiosas prácticas de una tradición del país que, sin embargo, hace que pueda considerarse á los ignorantes agoreros de Madagascar como los ignorados precursores de nuestros sabios europeos propagadores de los nuevos métodos de inoculación.

De todos nuestros estudios acerca de las arañas y sus venenos, creemos que puede deducirse la siguiente conclusión. Las arañas tienen un veneno segregado por las glándulas, desarrolladas más especialmente en las del género *Lathrodectus*. Este veneno, mortal para los insectos y para determinados animales, no lo es para el hombre, á no ser en circunstancias especiales, como la de extremada sensibilidad ó delicadeza de la parte lesionada, estado de salud ó idiosincrasia del sujeto, insalubridad del país y negligencia ó descuido en la aplicación del remedio.

P. CAMBOUÉ,
misionero en Tananarive (Madagascar).

CRÓNICA

Ceylán.—El Ilmo Melizan, arzobispo de Colombo, nos comunica el resumen de los trabajos llevados á cabo por los misioneros del arzobispado de Colombo desde el 1.º de Septiembre de 1896 al 31 de Agosto de 1897.

Esta estadística manifiesta elocuentemente los progresos de nuestra santa Religión en el Sur de la grande isla india.

Bautismo de niños nacidos de padres católicos.	6,901
— protestantes.	42
— paganos.	471
— de adultos protestantes.	752
— de adultos paganos.	1,069
Matrimonios.	1,274
Confesiones.	270,763
Comunionen.	256,250
Viáticos.	1,288
Extremaunciones.	2,398
Confirmaciones.	2,125

La población católica es de 180,992 almas. Durante el año ha aumentado de 4,836 miembros.

A las 313 escuelas católicas concurren 24,736 alumnos.

Llanos de San Martín (Colombia).—Consoladoras son en extremo las noticias recibidas de esta Misión. Los indios, aun aquellos que habitan en lo más escondido de las florestas, acuden con bastante frecuencia á la Casa de la Misión de San Martín pidiendo que se les enseñe á cultivar la tierra. Conservan todavía algunas ideas, si bien confusas, de Religión; restos de los apostólicos trabajos de los Padres de la Compañía de Jesús, establecidos en medio de los indios por largo tiempo, y expulsados de allí en los aciagos días de la Revolución.

La vida de estos infelices es muy semejante á la patriarcal, ya porque cada tribu tiene un jefe al cual obedece ciegamente, ya por sus sencillas y morigeradas costumbres.

Entre ellos no reina la poligamia, y se venera y respeta á la mujer. Los misioneros Salesianos esperan, con la ayuda de Dios, poderlos atraer prontamente á la vida civilizada, habituarlos al trabajo y darles una educación eminentemente cristiana.

Matti (Filipinas).—El R. P. Juan Llopart, S. J., escribe sobre la fundación de Pilar y de otra nueva Reducción:

«El día 8 salí de Sigáboy hacia al cabo de San Agustín en una banca, á fin de visitar la costa. Es de la península en el Pacífico. El 10 por la noche llegué á Ludan, pasé desde Pundapitan á Pacol, en el Pacífico al través de los montes, en donde el mar ya estrecha mucho la tierra por uno y otro lado.

«Estuve cuatro horas en la travesía, subiendo todavía una regular altura: creo, no obstante, que en tres horas se puede andar: me encuentro ya muy pesado para andar y subir montes á pie, y más ahora que me hallo calenturiento y con pocas ganas de comer. No obstante y á pesar de todo, he hecho la reducción de Luban y bautizado á los tagacaolos que allí viven. Si bien es de poca importancia por el número, pues apenas constará de cien personas, es importante por ser el único puesto y lugar de refugio para embarcaciones pequeñas, en toda aquella parte, desde el cabo de donde está cerca, á la entrada de la ensenada de Pujaga. El día del Pilar bauticéles y llamé á la nueva Reducción Pilar en honor de la Pilarica.

«Bautizados los tagacaolos de Pilar, pasé el día siguiente á Caboaya, ranchería manoba en la misma costa y como dos leguas de Pilar hacia Matti. Al llegar allí encontré las pocas casas, todas abandonadas, y ni una persona se dejó ver por muchas horas: con todo permanecí en el lugar hasta que al caer de la tarde se presentaron dos, que mandé otra vez arriba para que el día siguiente volvieran con los demás que se habían escondido. Otro día fueron compareciendo algunos con los enviados, que á la vez también se fueron en busca de otros, y de esta manera los fui reuniendo hasta el número de cuarenta y dos, que instruídos los bauticé el día 15. Los demás estaban lejos en busca de comida, y los principales de los que se presentaban aseguraron que formarían ellos y los demás pueblos, y á la primera ocasión se bautizarían los que no lo pudieron afectar por estar ausentes. Queda por tanto fundada otra Reducción en Caboaya, que será más numerosa que la de Pilar. A ésta no le he puesto todavía nombre.

«El lunes iré, Dios mediante, á Macaulos para bautizar aquellos infieles tagacaolos, como convinimos ayer al estar allí de paso para ésta.

«Gracias mil por las ropas hechas que me han mandado. Poco era. Me habría gustado que V. R. hubiese visto la miseria personificada de cuerpo entero en Caboaya; ¡aquello era desnudez y demacración!

«En ésta se está ya colocando el techado de la iglesia, que ya empieza á presentar buen aspecto, y parece saldrá una grande y sólida iglesia.

«En Sigáboy se han adelantado bastante las obras del convento, y también se están aserrando y preparando los materiales para la iglesia.

«Muchas gracias por el misal de limosna. ¡Y nada más me mandan de limosna para la iglesia y para los bautizandos! Ya pasan de mil los infieles bautizados este año.»

Noticias varias.—Según el «Estado general de los Religiosos y Religiosas de la provincia de San Gregorio Magno de Padres Franciscanos Descalzos, misioneros de Ultramar, correspondiente

á 1896,» en el arzobispado de Manila y obispados de Nueva Cáceres, Cebú y Nueva Segovia, Roma y España tienen á su cuidado religioso 15 provincias con 163 parroquias, 17 Misiones, 481 Religiosos, 31 Religiosas, 149 curapárrocos, 547,734 personas con cédula personal, 1.124,278 almas, y han practicado 53,485 bautismos, 10,372 casamientos y 32,673 entierros.

—En la página 97 damos el fiel retrato del Ilmo. Mermillo, á quien tanto hicieron sufrir los enemigos de la fe en Suiza. Rival en elocuencia de los más afamados oradores modernos, la ha dedicado toda entera al servicio de las causas sagradas: la defensa de los derechos de la Iglesia, y la propaganda católica entre las clases obreras. A su ferviente iniciativa se debe la obra de los Círculos católicos de trabajadores.

VARIEDADES

EL VIÁTICO EN LA ALDEA

I

TENÍA próximamente doce años y medio cuando fui testigo de un hecho que voy á relatar.

El pueblecito que habitaba está situado en el fondo del Mediodía, en pleno departamento de L..., en un país tan bello como ignorado, perdido en un laberinto de colinas y valles, en donde el aire de las grandes ciudades no ha penetrado aún...

El agricultor vive allí tranquilo, sin excesivas molestias ni preocupaciones, con algunas ideas solamente en la cabeza; ideas sencillas y primitivas, en las que sólo predominan las del trabajo, la resignación de la familia y amor á Dios, el «buen Dios», como dicen ellos.

Ese día, estábamos en mitad de la primavera, venía yo del jardín, donde pasé las primeras horas de la tarde ocupado en asegurar unas espalderas que la noche anterior inclinó el viento, y acababa de entrar en el salón. Mi anciano maestro, instalado en su gran sillón, como de costumbre, me daba una lección de nueva especie, para entretenerme y no dejarme inactivo.

Apretando con el borde de sus labios un pequeño silbato redondo, que tenía dos agujeros desiguales en el centro, me enseñaba á imitar el canto de las alondras, pájaros que ese año eran numerosísimos.

Sentado delante de él, en un taburete, escuchábale yo maravillado, con religiosa atención, cuando un aldeano de unos treinta años entró en la sala sin llamar. Venía descalzo, y traía la gorra en la mano.

—¿Cómo tú por aquí, Francisco? dijo mi maestro interrumpiéndose. ¿Qué ocurre de nuevo en tu casa?

—Nada, señor cura, ó al menos, no gran cosa, respondió el aldeano con embarazo, sino que la anciana abuela va de mal en peor y os ruega que la visitéis.

—¡Cómo! exclamó el sacerdote, cuya fisonomía había cambiado ya de expresión. ¿Marta? ¿La anciana Marta?

El labrador inclinó la cabeza.

—¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia! ¡Una mujer tan excelente, tan buena!... ¿Y qué edad tenía? añadió con interés, como si la moribunda estuviera ya en la sepultura.

—En verdad, señor, no lo sabemos, ni ella tampoco; creo... ochenta y seis ú ochenta y ocho, quizá más... De todos modos, es la más anciana del país... En fin...

en fin, ¿qué queréis? concluyó con tono filosófico; ¡había de suceder... la pobre acaba sus días!... Esta mañana nos ha dicho, creyendo llegada su hora, que todo había terminado, que no vería el sol de mañana, y que estaba pronto á partir, mas antes deseaba recibir al «buen Dios»... y he venido á decíroslo.

—Está bien, voy allá, dijo el sacerdote en seguida. Y añadió volviéndose hacia mí:

—Andrés, amigo mío, date prisa: ve con Francisco á avisar á Pablo el monaguillo; después id á la casa y esperad allí mi llegada. Yo corro á la iglesia y haré que toquen á agonía.

Salí con el aldeano, que se calzó sus pesados zuecos, que había dejado en el umbral, y algunos minutos más tarde nos encontrábamos en pleno campo.

II

En verdad, la posición en la cual yo me encontraba era tan nueva para mí, que no sabía qué pensar ni qué decir. Para abreviar el camino, atravesábamos campos ó seguíamos senderos abiertos á lo largo de éstos. Yo me dejaba conducir, pudiendo apenas seguir á mi guía, que caminaba á grandes pasos, murmurando de vez en cuando palabras ininteligibles. A cada instante veíame precisado á alargar el paso y hasta á correr para alcanzarlo. De sus suecos salían dos verdascas, y sus largos brazos, caídos junto al cuerpo, balanceábanse á su lado con un movimiento regular mecánico.

Un temor vago, inconsciente, me apretaba el pecho. La idea de la muerte nunca se me había ocurrido antes, y si había pronunciado la palabra, no me detuve á pensar en ella; mas ahora, sabe Dios bajo qué imágenes extravagantes se me presentaba.

El sol empezaba á descender, y la luz desapareciendo llevábase con ella los últimos ruidos del día: sólo se oía de vez en cuando la voz temblona de los vaqueros que volvían de los campos, sentados al borde de las carretas.

De pronto, del lado de la aldea se oyó tañir una campana... Por la primera vez aquel sonido tardo y monótono, que con todo me era familiar, causóme una especie de espanto, y sentí haber ido con Francisco.

Al primer toque de la campana quitóse el aldeano la gorra é hizo la señal de la cruz, y vile mover los labios.

Pronto empujó una barrera que cerró tras de nosotros y entramos en un gran patio, en el que un ejército de gallinas picoteaban la hierba.

La casa tenía muy buen aspecto. Los instrumentos de labranza, rastrillos, azadas y arados estaban cuidadosamente arreglados bajo el soportal. Todo lo que me rodeaba indicaba un cierto bienestar, y sin duda los habitantes de esta granja eran agricultores acomodados.

Una mujer apareció en el dintel de la puerta.

—¿Qué hay, Francisco?

—Viene, le respondió mi guía.

Alejóse ella, y entramos en la casa.

III

La habitación donde me habían introducido era alta de techo y espaciosa, y como en todas las casas de labradores, en ella de ordinario se reunía la familia; había

á la derecha una chimenea monumental, una gran mesa en el centro, y en frente de la puerta de entrada un gran aparador lleno de vajilla pintada.

Mi guía me ofreció un taburete, y salió sin decir palabra.

Maquinalmente sentéme y miré.

En el fondo de la sala había un hombre de cabellos grises, vuelto de espaldas á mí, que sentado en una silla de paja, delante de un par de bueyes cuyas cabezas asomaban por una gran abertura practicada en el tabique, les daba su alimento; sacaba puñados de hierba de grandes canastas de junco, la torcía entre las manos y presentaba á la boca de esos animales, que la tomaban con su lengua rasposa, mascándola lentamente con el cuello inclinado y mirada torva. Grandes copos de espuma les caían desde las narices á las manos negras del vaquero.

Dos niños de cuatro á cinco años estaban acostados en un rincón sobre la paja, los cuales me miraron al pronto con la boca abierta, extrañando la presencia de aquel intruso, vestido de marinero. En cuanto yo les miraba, bajaban los ojos con un gesto lloroso, mas así que volvía la cabeza, creyéndose inadvertidos, me hacían muecas burlonas.

Reapareció mi guía, pero se contentó con atravesar la sala, entrando en el cuarto vecino, cuya puerta dejó entreabierta. Al pronto oía algunas palabras cambiadas bajito; luego una voz débil, lastimera. Una luz muy distinta de la claridad del día iluminaba la habitación; me incliné para ver mejor: dos cirios ardían sobre una mesa delante de una Virgen de yeso, y un ramo de laurel estaba en un plato con agua, que sin duda era bendita. Ya no cabía duda; allí estaba la moribunda.

El labrador soltó las ataduras que retenían á los bueyes y los dos animales entraron en su establo. Aquél se levantó, y al volver notó mi presencia; mas sin dirigirme una palabra, sin contestar siquiera á mi saludo, siguió gravemente su trabajo, colocando á lo largo del muro las cestas de junco, en las que amontonaba confundidos y apretándolos con toda su fuerza la hierba y el heno esparcidos á su alrededor. La mujer que habíamos visto al llegar salió de la habitación, tomó una gran escoba de brezo y barrió la cocina, poniendo en orden la sala. Su marido apareció de nuevo y puso sobre la mesa una botella y algunos vasos. Estas buenas gentes sólo hablaban entre sí, en voz baja, con una especie de temor, y casi asombrados de este repentino suceso que venía á turbar por un instante la monotonía de su existencia.

La puerta exterior había quedado abierta. De vez en cuando, del corral entraban familiarmente los animales, que la aldeana rechazaba con la escoba.

La campana empezó á tocar. Algunos habitantes del pueblecito, algunos vecinos, casi todos entrados en años y vestidos con sus trajes de fiesta, llegaron sucesivamente. Cinco ó seis mujeres les siguieron, enteramente tapadas con su capucha negra. A medida que los recién venidos entraban en la casa, saludaban con una sencilla inclinación de cabeza, sin dar la mano, y de pie en el fondo de la sala esperaban silenciosos con recogida actitud.

Por lo que á mí toca, no sabría expresar los sentimientos que experimentaba. Me encontraba de repente, cara á cara, con un nuevo misterio, el de la muerte: tenía miedo.

Habíame puesto de pie, como todo el mundo, y para distraerme ó pasar el tiempo, me aproximé á la ventana... ¡Oh! ¡qué dulce alegría sentí cuando vi por fin en la carretera la blanca sobrepelliz del sacerdote, de mi venerado y anciano amigo, que avanzaba hacia la casa! Dos niños le acompañaban; uno llevaba la cruz, el otro tocaba una campanilla. Yo distinguía el movimiento del brazo, pero no oía el sonido... Un aldeano que iba hacia el pueblo se paró á algunos pasos del cura, colocóse al borde de la zanja y esperó de rodillas con la cabeza baja. El sacerdote al pasar elevó el copón y el viajero se persignó humildemente.

Me volví á la persona que tenía más próxima, y con el dedo le señalé el camino; ésta advirtió á sus compañeros. En seguida esas buenas gentes, hombres y mujeres, hincáronse de rodillas sobre el suelo de la cocina. La joven aldeana ocultó su faz en las manos, y oí sollozar. También yo había doblado las rodillas.

El sonido de la campanilla pronto llegó hasta nosotros, algo débil al principio, indeciso aún, pero claro y sonoro... En la habitación próxima (la de la moribunda) un suspiro, un largo suspiro, no doloroso, sin embargo, pareció responderle... Después se oyeron quejas cortas, oprimidas, como si alguien se esforzara penosamente para moverse... Y por momentos crujía el lecho.

Las vibraciones de la campanilla eran más perceptibles y se aproximaban cada vez más. La puerta del patio rechinó sobre sus dislocados goznes... En el mismo instante algo se movió en el cuarto vecino... Creí oír un ruido de pasos y de golpecitos, dados en el suelo, como si lo fueran con un bastón... Volví los ojos en la dirección de donde venía el ruido, y lo que vi entonces me causó espanto.

La puerta del cuarto acababa de abrirse. Una mujer, una mujer anciana, demacrada, una especie de espectro, de fantasma más bien, cubierta de arriba abajo por un vestido negro, avanzaba descalza en la sala. Se apoyaba con una mano en un nudoso bastón... Su cara estaba amarilla, marchita, enteramente surcada de arrugas y más seca que un pergamino. Todo parecía muerto en ese semblante, tan rígidas estaban las facciones; sin embargo, los ojos vivían aún, pequeños, brillantes como brasas; ojos penetrantes y claros, á los cuales el sufrimiento daba una expresión terrible... Y se movía lentamente el cuerpo enteramente encorvado, quebrantado por la agonía, dirigiéndose hacia la puerta de la entrada.

—¡Mamá! ¡mamá! ¿qué haces? preguntó la joven aldeana, yendo á detener á su abuela.

—¡Ve á rezar, niña!... Déjame, le respondió con voz débil, pero resuelta.

—No, entra, ¡te lo suplico! ¡Apóyate en mi brazo, vas á desfallecer!...

Mas viendo que la anciana, sin levantar los ojos ni volver la cabeza, adelantaba obstinadamente y hasta probaba á separarla, rechazándola con el codo:

—¿Qué haces? ¿Dónde vas? repitió la aldeana asustada.

A lo que respondió sencillamente:

—Voy á recibir á mi Dios.

Con las piernas temblorosas, la respiración anhelante, con una energía tenaz y sufriendo por el esfuerzo, la anciana campesina continuó yendo á encontrar á su Huésped místico.

Llegada al umbral de la puerta, colocó el bastón ante ella, se apoyó con las dos manos en él y se dejó caer de rodillas.

Me llamó la atención que ninguno de los asistentes pareció asombrarse de la extraña conducta de esta mujer. Todos se quedaron rezando.

El sacerdote acababa de atravesar el patio. Tampoco él pudo dominar un movimiento de terror cuando vió á la moribunda en persona, que le atajaba así el paso.

—¡Cómo! ¿Vos aquí? dijo retrocediendo. ¿Vos aquí, Marta? ¡Es posible!

—Sí, respondió la abuela; pero dádmele aquí... de hinojos...

Los ojos de la moribunda, iluminados por no sé qué llama repentina, buscaban impacientes, entre las manos del sacerdote, el santo Viático, que le aseguraba una vida nueva; y mientras que el cura descubría el copón, ella juntaba las manos al rededor del bastón, y su cara impasible, tomó de repente una expresión indefinible de alegría y felicidad.

Yo no comprendí entonces, no, lo que había de grande en aquella escena; ni vi lo que tal espectáculo tenía de conmovedor, de sublime, cuando delante esta tierra que la había alimentado, esos campos que había cultivado, de cara al firmamento, testigo de su vida obscura, bajo los últimos rayos del sol poniente, pero que volvería á salir, la abuela agonizante, con todo el ardor de su fe, presentaba sus labios temblorosos al Viático salvador, prenda infalible de inmortalidad.

El cura elevó la sagrada Hostia, presentándosela á la boca de la moribunda, y lentamente, en voz alta, dijo:

—He ahí el Cordero divino, que borra los pecados del mundo.

La campesina inclinó la cabeza y permaneció un instante inmóvil. La joven en seguida ayudó á su abuela á levantarse.

Siempre caduca, vacilante, la anciana se volvió para entrar en el cuarto. Cuando pasó por delante de nosotros, su mirada parecía desafiar á un adversario invisible.

—¡Ah! ¡Ah! dijo levantando la cabeza, con voz casi burlona. ¡Ahora puede venir!

Queriendo significar, sin duda, que sabía con certeza que de ella sobreviviría algo, que la muerte no podría arrebatarse.

Andaba penosamente sostenida por su nieta, y entró en su cuarto.

El sacerdote la siguió para llenar los últimos deberes de su ministerio. Yo no me atreví á acompañarle.

Desde el sitio donde me encontraba le oí murmurar las palabras de la Extremaunción.

Salió luego, dirigió consuelos á la familia, y regresamos los dos juntos.

La anciana tenía razón: murió aquella misma noche con esa admirable serenidad de los que creen y esperan. ¡Había sido fuerte en la vida y mostró serlo igualmente en la muerte!

L. BRETHONS LAFARGUE.

MOSCOU

Esta antigua capital de Rusia goza aún la preferencia sobre todas las demás ciudades del imperio. Después del terrible incendio de 1812, inmolada como una grande hecatombe por un patriotismo bárbaro sobre el altar del honor nacional, pronto se levantó de sus cenizas más pujante y sin haber perdido, no obstante, su carácter original.

Los emperadores van siempre á ella para hacerse coronar.

Casas de un solo piso, á menudo verdaderas cabañas; algunos palacios con inmensos jardines; multitud de iglesias y capillas con numerosas cúpulas, unas pintadas de encarnado ó verde; otras cubiertas de cinc ó de cobre dorado con mucho esmero: tal es el extraño conjunto que ofrece aquella vastísima ciudad.

Está dividida en cuatro partes principales, una de las cuales está formada por el Kremlin, polígono regular, rodeado de altas y gruesas murallas, guarnecidas de almenas y flanqueadas de una torre en cada ángulo; el antiguo palacio de los Czares, el palacio imperial, el del Senado, el del patriarca y otros, y el arsenal, delante de cuya fachada fueron colocados trescientos sesenta y cinco cañones abandonados por los franceses durante su desastrosa retirada de Moscou.

El Kremlin encierra tres basílicas: la Asunción sirve para consagrar, coronar y casar los soberanos. Dicese que en esta iglesia es donde se encuentra la célebre imagen de la Virgen de Vladimiro, atribuida al evangelista San Lucas, y cuyos adornos son evaluados en doscientos mil rublos. La túnica de Jesucristo se conserva sobre el altar mayor en una bella urna de plata adornada de piedras preciosas. La iglesia de San Miguel servía de sepultura á los Czares. En la de la Anunciación, cuyas nueve cúpulas y la techumbre son casi enteramente doradas y cuyo piso está embaldosado en ágata, al paso que los muros están cubiertos de pinturas al fresco, consérvanse cuatro cruces, una de las cuales perteneció al emperador Constantino.

El campanario de Ivan Velikoi está aislado de las tres basílicas del Kremlin, y es uno de los monumentos más notables de Moscou. Domina toda la ciudad. La vista cerniéndose sobre el vasto anfiteatro que se desenvuelve ante ella, se pierde en un laberinto de brillantes agujas, no sabiendo donde fijarse en medio de un esplendente mosaico de tejados pintados, cuyos colores anima el sol. En dicha torre cuéntanse treinta y dos campanas; tiene ochenta y un metros de elevación, y la cúpula más de diez.

Por su grandeza, el Kremlin recuerda á Saint-Denis y al Escorial.

ANUNCIOS

LA LEYENDA DE ORO

PARA TODOS LOS DÍAS DEL AÑO

VIDA DE TODOS LOS SANTOS QUE VENERA LA IGLESIA

Quinta edición completada por el M. I. Sr. Dr. D. Eduardo M.^a Vilarrasa, arcipreste de la Catedral de Barcelona, con las vidas de los Santos canonizados desde 1855 hasta la fecha, y una serie de estudios refutando los errores modernos sobre la vida de Nuestro Señor Jesucristo. Precédela un prólogo del Rdo. P. Fr. Ruperto M.^a de Manresa, de la Orden de Menores Capuchinos.

CONDICIONES DE LA SUBSCRIPCIÓN

Nueva edición en cuatro tomos de unas 500 páginas cada uno, ilustrados con magnífica portada, cabeceras alegóricas de cada mes, y láminas impresas en oro y colores representando á los principales Santos.

Cada tomo abarcará las vidas de aquellos cuyas fiestas correspondan á un trimestre.

Se reparte la obra por cuadernos semanales compuestos de cuatro entregas de á 16 columnas de texto. Cada lámina, atendido su coste, equivale á una entrega, siendo el precio de ésta 25 céntimos de peseta.

Las portadas de cada tomo serán de regalo.

La obra constará de 75 cuadernos; por lo tanto, el precio de cada ejemplar completo será de 75 pesetas.

Tipos claros, buen papel y lujosas láminas.

PUNTOS DE SUBSCRIPCION

En la Administración de *Las Misiones Católicas*, Pino, 5, en las principales librerías de España, América y Extranjero, ó bien dirigiéndose á los editores Sres. L. GONZÁLEZ Y C.^a, calle de Lauria, 78, Barcelona, remitiendo en este último caso el valor de cinco cuadernos en sellos de correo ó libranzas del Giro mutuo.

PROPAGANDA CATÓLICA

POR D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, PBRO.

DIRECTOR DE LA REVISTA POPULAR

Van publicados ocho tomos que contienen las materias siguientes:

El I, Los cien opúsculos de la *Biblioteca ligera*; El II, Opúsculos varios; El III, Un Año sacro ó lecturas y ejercicios para las principales festividades del Calendario cristiano; El IV, Más opúsculos; El V, Artículos político-religiosos, publicados en distintas épocas y periódicos, y precedidos de un discurso preliminar sobre el periodismo y la Propaganda; El VI, El Liberalismo es pecado, el Apostolado seglar, Masonismo y Catolicismo, y varias Conferencias; el VII, Nuevos opúsculos, y el VIII, Varios de los artículos que más permanente interés ofrecen para la controversia de nuestros días.

Forma cada uno de estos ocho tomos un volumen en 4.º, con tipos elzevirianos, iniciales y viñetas de adorno, y hermosa encuadernación en tela con plancha hecha á propósito. Cada tomo, 4 ptas. en rústica, y 6 lujosamente encuadernado en tela y plancha dorada.

La colección de los ocho tomos publicados 32 pesetas en rústica, y 48 en tela. Tomando diez ejemplares en rústica se dan dos gratis, ó uno si son encuadernados.

En preparación el tomo IX.

Puede remitirse el importe en letra de fácil cobro, libranza ó sellos de franqueo, certificando en este caso la carta.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona, y en casa los señores Corresponsales de la misma.

LA MASONIZACIÓN DE FILIPINAS

RIZAL Y SU OBRA

INTERESANTE FOLLETO DE ACTUALIDAD

A 50 céntimos ejemplar, en la *Librería y Tipografía Católica*, calle del Pino, 5, Barcelona.

ANISIA Ó UNA VIRGEN APÓSTOL DEL SIGLO IV

Novela histórica traducida y arreglada del francés. Ilustrada con grabados. Esta novelita forma parte de la *Biblioteca del Hogar*, y se vende á 50 cént. en rústica, y 1 pta. en tela.

MEDITACIONES

SEGÚN EL MÉTODO DE S. IGNACIO

Precioso libro que contiene en estilo claro, sencillo y adecuado á todas las capacidades, algunos centenares de meditaciones sobre la vida oculta, pública, paciente y gloriosa de Jesucristo, conteniendo un plan completo de instrucción espiritual y una verdadera exposición de todo lo contenido en los Santos Evangelios. Precede á las meditaciones una excelente explicación sobre los distintos modos de meditar, examen de conciencia y práctica de oír bien la Misa.

Libro utilísimo á las Comunidades religiosas, Casas de educación, Seminarios, Asociaciones de piedad y en general á todas aquellas almas dedicadas al santo ejercicio de la oración mental diaria, sin la cual es imposible dar un paso en la perfección.

Consta esta obra de tres tomos de más de 700 páginas, y se vende á 6 pesetas en rústica, y á 8'25 encuadernada en piel. Para los pedidos,

Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona.

EL BUEN COMBATE

facilitado á toda clase de personas, por medio de sencillos opúsculos de controversia popular

Nueva colección de libritos de Propaganda limpia y exclusivamente católica, de varios estilos y autores, que contendrá todo cuanto el cristiano debe creer, practicar y defender.

CONDICIONES.— Se publica cada mes un opúsculo de 48 páginas, con hermosas ilustraciones y elegante cubierta.

Subscribiéndose por un año á 4 ejemplar mensual.		1'50	ptas.
»	á 4 ejemplares mensuales.	0'50	» cada mes
»	á 8	1	» » »
»	á 12	1'50	» » »
»	á 20	2'25	» » »
»	á 50	5	» » »

Puede hacerse la subscripción por uno, dos ó tres meses, un semestre ó todo el año.

El pago se hará por adelantado en letra, libranza ó sellos, certificando en este último caso la carta.

Dirigirse á D. Miguel Casals, *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona.

OPUSCULOS PUBLICADOS: *El pan del pobre*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro., Director de la *Revista Popular*.—*¿No es hora todavía?* por id.—*De Carlos á Manuel y viceversa*, por Antonio.—*El deber de la limosna*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*De Carlos á Manuel y viceversa* (segunda parte), por Antonio.—*Sol de las almas*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*Credo, ó refugio del cristiano en los presentes tiempos* (primera parte), por Mons. Gaume.—*Credo, ó refugio del cristiano en los presentes tiempos* (segunda parte), por id.—*La acción antimasónica*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*El Santísimo Rosario*, por Campazas.—*Católicos... á la moda*, por Raquel.—*Católicos de verdad*, por id.—*Guerra de frente*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*Espinas, hojarasca y flores*, por el Dr. Franco.—*La piedad al uso*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*Los fariseos*, por D.^a Matilde Troncoso de Oiz.—*Eucarísticas*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*Espinas, hojarasca y flores, II*, por el Dr. D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.—*La caridad puesta al alcance de todo el mundo*, por el abate Mullois.—*Cómo se explota á los incautos*, por id.—*Liberalismo casero*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*Quien siembra vientos...* por D.^a Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).—*Espinas, hojarasca y flores, III*, por el Dr. D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.—*Cruz de oro y cruz de plomo*, por Raquel.—*Liberalismo casero, II*, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—*Espinas, hojarasca y flores, IV*, por el Dr. D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.

OPÚSCULO PARA MARZO: *¡Yo confesarme!* por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

ADVERTENCIA

Hay existencia de LAS MISIONES CATÓLICAS de los cinco años publicados. Forma cada uno un precioso tomo de cerca seiscientas páginas, con más de doscientos grabados, y se vende á 14 ptas. en rústica, y 18 en tela con elegante plancha dorada. Por correo y en paquete certificado, 15 pesetas en rústica, y 19 encuadernado.

Los señores subscriptores que deseen adquirir lujosas cubiertas con lomo de chagrín y combinaciones en negro y dorado, las recibirán por correo mediante el anticipo de 3 pesetas.